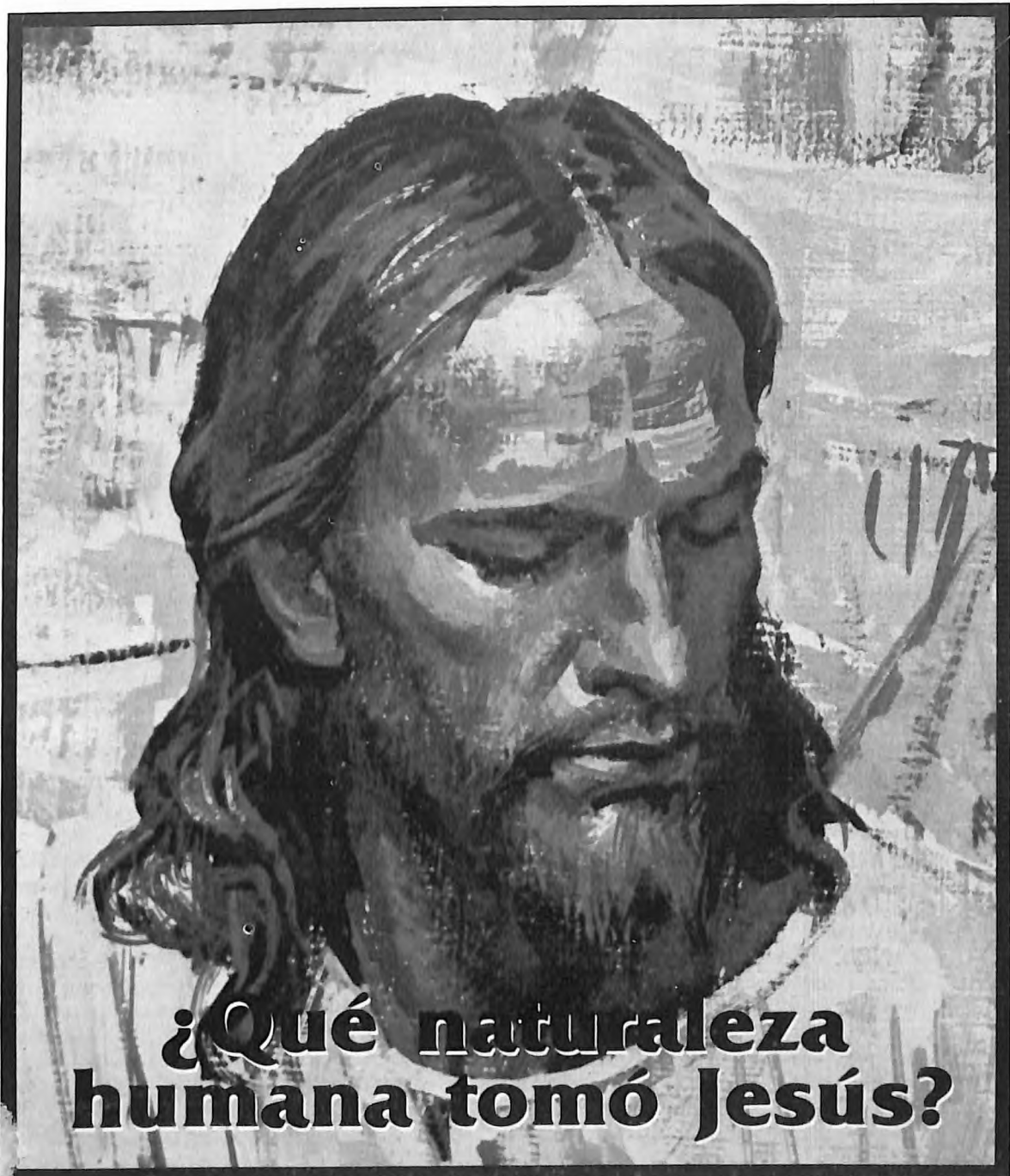


MINISTERIO

adventista

Septiembre-octubre de 1986



¿Qué naturaleza humana tomó Jesús?

“El tema es inagotable. El estudio de la encarnación de Cristo, su sacrificio expiatorio y su obra de mediación, embargarán la mente del estudiante diligente mientras dure el tiempo”.—Palabras de vida del gran Maestro, pág. 104.

Año 34

Septiembre-Octubre de 1986

Nº 202

MINISTERIO

adventista

CONTENIDO

- 3 A manera de introducción
- 5 ¿Qué naturaleza humana tomó Jesús?
No caída
- 17 ¿Qué naturaleza humana tomó Jesús?
Caída

DIRECTOR

Daniel Scarone

REDACTOR

Osvaldo N. Gallino

CONSEJEROS

Salim Japas

José A. Justiniano

MINISTERIO adventista. Revista publicada bimestralmente por la Asociación Ministerial de las divisiones Interamericana y Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa en la República Argentina mediante el sistema offset en los talleres gráficos de la Asociación Casa Editora Sudamericana, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires.

REGISTRO NACIONAL DE LA
PROPIEDAD INTELECTUAL
09185

CORREO ARGENTINO Florida (B) y Central (B)	FRANQUEO A PAGAR Cuenta Nº 199
	TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 6.706



A manera de introducción

Daniel Scarone

DESDE SUS COMIENZOS la Iglesia Cristiana debatió temas teológicos. Con frecuencia este intercambio de puntos de vista produjo una revitalización, aunque en otras ocasiones se suscitaban rupturas irreconciliables que finalmente condujeron al cisma y a múltiples escisiones.

La Iglesia debatió distintos temas, unos ocasionados por su aparición en el mundo, otros generados por distintos enfoques u opiniones contrastantes en su seno. A su vez, Pablo distingue las contiendas sobre *opiniones* (*dialogismon*, Rom. 14: 1) y las que ponen en juego la *enseñanza* (*didaskalia*, 1 Tim. 4: 16; 1: 10, etc.). (En el caso que nos ocupa en este número no está en discusión una creencia fundamental, sino un aspecto de una doctrina.) Las epístolas del Nuevo Testamento reflejan clara-

mente este tipo de debate propio no ya del surgimiento de la iglesia en el mundo, sino de su consolidación.

La tendencia editorial del *Ministerio adventista* ha eludido comentar controversias aunque, obviamente, en algunas ocasiones éstas se trasuntaron y en otras se ofreció alguna información. La ausencia de un intercambio de ideas no es necesariamente señal de virtud o solidez eclesial. Resulta reveladora la declaración de Elena G. de White que dice: "Cuando no surgen nuevas preguntas por efecto de la investigación de la Escritura, cuando no se levante ninguna diferencia de opinión que induzca a los hombres a escudriñar la Biblia por su cuenta, para asegurarse que poseen la verdad, habrá muchos, como en los tiempos antiguos, que se aferrarán a la tradición y adorarán lo que no

conocen" (*Joyas de los testimonios*, t. 2, pág. 312).

Durante los pasados treinta años los adventistas, especialmente en los Estados Unidos, debatieron si Cristo, en su encarnación, adoptó una naturaleza humana caída o una naturaleza no caída. Varios matices avivaron las diferencias como, por ejemplo: se discutió si la naturaleza de Cristo era semejante a la de Adán antes de la caída o después de ella, si Cristo fue afectado como lo fue la raza humana por la caída de Adán y Eva. El tema del pecado está latente en estos interrogantes y en toda esta discusión, pues si Cristo tomó una naturaleza humana sin pecado surge la pregunta si tuvo ventajas sobre nosotros, y si las tuvo, ¿cómo puede ser nuestro ejemplo? Por otra parte, si

caer en el pecado, abortando así todo el Plan de salvación, pero que se mantuvo sin cometer pecado. El meollo del asunto se circunscribe a la definición de qué significa "naturaleza pecaminosa".

No resultó fácil decidir publicar este material, y hay razones que justifican la duda: 1) Originalmente, estos artículos fueron escritos bajo seudónimos, lo que podría revelar cierto tipo de prejuicio, como si asumir una posición dependiera de la credibilidad de un apellido. Luego de algunas consultas se optó por poner los artículos con los nombres de sus autores. 2) No es la tendencia histórica de esta publicación informar de debates que, a veces, se reducen a sectores geográficos y, en ocasiones, minoritarios.

Pablo distingue las contiendas sobre opiniones y las que ponen en juego la enseñanza. En el caso que nos ocupa en esta edición no está en discusión una creencia fundamental, sino un aspecto de una doctrina.

es que tomó la naturaleza humana caída, ¿fue afectado por el pecado sólo físicamente? ¿Por qué no también en su carácter? Ante esta controversia surgió una tercera posición: que éste no es un tema vital para alcanzar la salvación.

A lo largo de estos años estas preguntas fueron conformando posiciones y tejiendo la trama de la discusión. Estas se reflejan en obras que, en su mayoría, no fueron traducidas al español. Pero los hermanos de habla hispana que desconozcan esta controversia, no están irremediamente perdidos. Es iluminadora la afirmación del pastor J. R. Spangler cuando dice: "Sigo convencido de que tanto el hombre de la calle como el feligrés estarían irremediamente perdidos si su salvación dependiera de un conocimiento erudito y profundo de la naturaleza de Cristo" (J. R. Spangler, "The nature of Christ", *The Ministry*, junio de 1985, pág. 24).

Por otra parte hay elementos que pueden ser conciliadores en esta discusión, como por ejemplo: ambas partes creen que Nuestro Señor fue plenamente humano y plenamente divino; que El fue tentado en todos los puntos como lo somos nosotros; que el Señor pudo

Entonces, ¿cuál es el motivo de su publicación? En primer lugar, informar a los obreros de las tendencias en pugna en cuanto a un tema que no podemos minimizar. En segundo lugar, avivar no el debate, sino el estudio profundo y penetrante que nos conduzca a un conocimiento vital, rico y personal de la figura de nuestro Señor. En tercer lugar, es bueno recordar que si bien la iglesia sostiene oficialmente la creencia en la plena divinidad y humanidad de Jesucristo —el *Manual de la iglesia* (1984) dice: "Dios el Hijo Eterno es uno con el Padre. . . es verdaderamente Dios, sempiterno, también llegó a ser verdaderamente hombre" (pág. 31)—, no dice nada en cuanto a si Jesús tomó la naturaleza humana equivalente a la de Adán antes de la caída, o si era semejante a la de Adán luego de la caída. Por lo tanto, al presentar estos enfoques contrastantes, no violamos ninguna declaración de creencias fundamentales.

Es nuestro anhelo que el estudio profundo de la Biblia y de la persona de Cristo nos conduzca a estar más cerca de El, para que lo aceptemos con erudición y a la vez con tanta sencillez que lleguemos a testificar: "Cristo es mi maravilloso Salvador". ■

¿Qué naturaleza humana tomó Jesús? No caída

¿Qué palabras griegas enfatizan las frases y palabras clave de esta discusión? ¿Cuál fue la misión fundamental de Cristo? ¿Qué límites impuso esta misión a la naturaleza humana que adoptó en la encarnación?

Norman R. Gulley

LA TEOLOGIA adventista del séptimo día presenta dos enfoques alternativos referentes a la naturaleza humana de Jesucristo. Cristo tuvo una naturaleza pecaminosa porque tuvo una madre pecadora como el resto de los seres humanos; o tuvo una naturaleza impecable porque, a diferencia del resto de nosotros, su Padre era Dios.¹ El primer enfoque enfatiza su identidad con los hombres, el segundo su singularidad como hombre. Algunos intentan unir estas dos posiciones diciendo que Jesús tuvo una naturaleza física pecaminosa, pero que su nacimiento físico fue como nuestro nuevo nacimiento: nacido del Espíritu Santo. Sostienen que Jesús comenzó en Belén, donde nosotros comenzamos cuando nacemos de nuevo. Otros sugieren que el paralelismo se rompe ante la investigación. Creen que la naturaleza humana de Jesús fue tanto pecadora como inmaculada, afirman que fue pecaminosa únicamente en el sentido en que adoptó la naturaleza humana debilitada por el pecado, pero que no tenía pecado, sino que se hizo pecado en el nacimiento.

El derecho a elegir una posición ¿queda a nuestro arbitrio? ¿Importa realmente el enfoque que escojamos? ¿No sería esto hilar demasiado fino, sin que tenga un propósito práctico? Creo que debemos entender la naturaleza humana de Cristo para apreciar realmente lo que Él soportó, cómo pudo ser nuestro ejemplo, nuestra sustitución imprescindible en todo el camino hacia el reino, y nuestra urgente necesi-

dad de una visión cristocéntrica y no androcéntrica. Estas implicaciones prácticas se clarificarán a medida que exploremos la evidencia bíblica.

En primer lugar, ofreceremos una visión panorámica: 1) Nos limitaremos a la información bíblica, actuando sobre la premisa de que toda verdad doctrinal surge de las Escrituras.² 2) Abordaremos el aspecto lingüístico y el significado teológico de los vocablos griegos *sárx*, *amartía*, *isos*, *omóiomá*, *monogénés* y *protótokos*. 3) Al permitir que la Escritura interprete a la Escritura, penetraremos en el significado real de la humanidad de Cristo como "la descendencia de Abrahán" (Heb. 2: 16) y "del linaje de David" (Rom. 1: 3). También notaremos la armonía que existe entre estos pasajes y las palabras griegas que estudiamos. 4) Luego consideraremos la misión de Cristo de salvar al hombre. Por medio de la investigación, documentaremos la sorprendente evidencia bíblica de que Jesús tomó la naturaleza humana inmaculada (espiritualmente) en el momento de nacer, mientras que a la vez poseía una naturaleza física similar a la de los demás hombres de sus días. 5) Esto nos puede llevar a preguntarnos: Si es así, ¿puede Jesús comprendernos realmente? O, considerándolo de otra manera, ¿es un remoto ser extraterrestre que tuvo una injusta ventaja sobre nosotros? ¿Fue tentado en todo, como lo somos nosotros? ¿Puede ser un sumo sacerdote que simpatice con nosotros? Si la discusión cristológica debe ser fructífera y edificante, en primer lugar debiera definir los vocablos de un modo erudito y coherente con la Escritura.³

Norman R. Gulley escribió este artículo cuando se desempeñaba como profesor de religión en el Southern College.

El Verbo se hizo carne

La Biblia dice: "Y aquel Verbo fue hecho carne" (Juan 1: 14). ¿Qué significa la palabra griega que se traduce como "carne"? ¿Puede este vocablo determinar si la naturaleza humana de Cristo era pecaminosa o inmaculada? La voz *sárx* aparece 151 veces en el NT.⁴ Arndt y Gingrich, en *A Greek English Lexicon*, ofrecen ocho significados posibles para esta palabra: 1) la estructura material del cuerpo (1 Cor. 15: 39); 2) el cuerpo mismo como sustancia (1 Cor. 6: 16); 3) el hombre de carne y sangre (Juan 1: 14); 4) la naturaleza humana o mortal, la descendencia terrenal (Rom. 4: 1); 5) la corporalidad, las limitaciones físicas, la vida aquí en la tierra (Col. 1: 24); 6) la manifestación exterior o externa de la vida (2 Cor. 11: 18); 7) el instrumento volitivo del pecado (Rom. 7: 18); y 8) la fuente de la sexualidad (Juan 1: 13). Sólo uno de estos (el séptimo) está relacionado con el pecado. Por lo que *sárx* no necesariamente significa "pecaminoso".⁵

Creo que debemos entender la naturaleza humana de Cristo para apreciar realmente lo que El soportó, cómo pudo ser nuestro ejemplo, nuestra sustitución imprescindible en todo el camino hacia el reino.

En griego la palabra común para pecado es "*amartía*"⁶ y no *sárx*. El diccionario teológico de Schweitzer indica que *sárx* puede designar una esfera terrenal (véase 1 Cor. 1: 27), no necesariamente "pecaminosa y hostil a Dios, sino simplemente. . . limitada y provisional".⁷ También dice que *sárx* puede significar un objeto de confianza (véase Rom. 2: 28). Aquí "lo que es pecaminoso no es la *sárx* sino la confianza en ella".⁸ Schweitzer concluye diciendo: "Donde se considera a *sárx* en todo su sentido teológico, como por ejemplo en Gálatas 5: 24, describe al ser humano como determinado, no por su sustancia física, sino por su relación con Dios".⁹

La encarnación de Dios, ¿significa simplemente que recibió un cuerpo humano? Al referirse a su encarnación, Cristo dijo: "Sacrificio y

ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo" (Heb. 10: 5). En concordancia con esto, Pablo escribió: "Dios fue manifestado en carne" (1 Tim. 3: 16). La palabra griega que se utiliza para "cuerpo" es *soma*, sin embargo en 1 Timoteo 3: 16, no se emplea *soma* sino *sárx*. Esto simplemente significa un estado de "encarnación", pero no una condición pecaminosa.

Entonces, ¿cómo podemos entender la siguiente declaración: que Dios envió a su "Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, [y] condenó al pecado en la carne" (Rom. 8: 3)? En primer lugar, consideremos lo que Pablo quiso decir. El pudo haber escrito: 1) que Dios envió a su Hijo en carne de pecado; o 2) en semejanza de carne. Lo primero se puede entender como que su carne era pecaminosa, y lo segundo como que El solamente apareció en la carne, pero que en realidad, era un ser extraterrestre (compárese con 1 Juan 4: 1-3, un texto desvirtuado por algunos investigadores).¹⁰

Pablo no dijo ni lo uno ni lo otro. El se concentró en Cristo viniendo en *semejanza* de carne de pecado. La palabra clave es "semejanza". En castellano hay dos vocablos griegos que se traducen como "semejante": *isos*, que significa "mismo", como en Hechos 11: 17, que dice que Dios "les concedió también el *mismo* [*isos*] don", y *omóioima*, utilizado en Romanos 8: 3, que significa "similar" (porque es humano), pero no "lo mismo" (porque no es pecaminoso). La Escritura es coherente en este punto. De este modo, Filipenses 2: 7 dice de Jesús: "Hecho semejante [*omóioima*] a los hombres".¹¹ Hebreos 2: 17 afirma: "Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo".

Estas palabras griegas y estos textos, ¿sugieren que Jesús fue solamente *similar* a otros seres humanos al tener un cuerpo *físicamente* afectado por el pecado, pero no el *mismo* cuerpo que los otros seres humanos, porque sólo El era libre de pecado en su relación espiritual con Dios? Elena G. de White sostiene este enfoque.¹² La evidencia bíblica que consideramos también concuerda con esta conclusión.

¿Por qué una naturaleza similar y no igual?

De este material bíblico proceden dos principios que nos guían en nuestra investigación. El primero es: lo que Jesucristo es determina el

grado de su identidad con nuestra naturaleza humana. En otras palabras, El fue más que el bebé de María. Era Dios. Al humanarse no dejó de ser Dios.¹³ Esto significa que su relación eterna e ininterrumpida con Dios no disminuyó al hacerse hombre. La encarnación no fue sólo otro nacimiento humano. Era Dios que unía con su propio cuerpo el abismo abierto por el pecado, y formaba el puente entre Dios y el hombre. Dios nuevamente trabajó con talento creador en el planeta, como en el Edén. Ya sea al utilizar el polvo de la tierra o el vientre de María, la vida la otorgaba El. Ambos hechos constituyeron milagros nunca antes vistos, ni repetidos desde entonces. La inmensurable divinidad de estos eventos no debe perderse en una comparación superficial con otros seres humanos. Todos los demás seres tienen dos progenitores. Pero esto no es así ni con Adán, ni con Cristo. El hombre llegó al mundo de una de tres maneras: por creación, por nacimiento o por encarnación.

El segundo principio es: la misión de Cristo debe determinar el grado de su identidad con nuestra humanidad. Para ser nuestro Salvador, Jesús debió hacerse como uno de nosotros. Pero El no debía ir más allá de los requerimientos de su misión, El no podía llegar a ser un pecador (ni en su naturaleza, ni en sus actos). Como en el sistema sacrificial, la misión de Cristo pudo realizarse sólo por un Cordero sin mancha ni mácula.

El pecado original

En esta discusión debemos tomar seriamente la naturaleza devastadora del pecado. Cada bebé es egocéntrico antes de conocer lo que es el pecado. ¿En qué fue el bebé Jesús diferente si nació con su naturaleza pecaminosa?

La Biblia ofrece dos definiciones para el pecado, una en el marco de la conducta y la otra en el aspecto de la relación. Estas son: 1) "El pecado es infracción de la ley" (1 Juan 3: 4); y 2) ". . . todo lo que no proviene de fe, es pecado" (Rom. 14: 23). Estas dos ideas estaban presentes en el pecado original en el Edén. Adán y Eva desobedecieron el mandato divino de no comer del fruto del árbol prohibido (Gén. 3: 2-6), y dudaron de la palabra de Dios. El Señor les dijo: "No comeréis de él, para que no muráis". Eva pensó que el fruto era bueno para comer y deseable para alcanzar sabiduría. Por lo tanto tomaron y comieron. ¿Por qué? El acto de *dudar* de Dios conduce a la *desobediencia*.

Dudar de alguien es dejar de confiar o de tener fe en él, es romper una relación. El tentador los hizo creer en él y en sus sentidos más que en Dios. Y cuando rompieron esta relación quebrantaron los mandamientos de Dios. El pecado original fue en principio una relación rota. Definir el *pecado* simplemente como "infracción de la ley" o "un acto malvado" es considerar sólo su manifestación externa. En su raíz, el pecado involucra una ruptura de la relación entre el pecador y Dios.¹⁴

El acto de dudar de Dios conduce a la desobediencia. Dudar de alguien es dejar de confiar o de tener fe en él, es romper una relación.

Cristo vino al mundo a restaurar la relación, no a continuar en un estado de separación. Fue así que vino en forma *similar* a nosotros (como ser humano, físicamente hablando) pero no en la misma condición que nosotros (padeciendo una relación rota con Dios, espiritualmente hablando). Emanuel, o "Dios con nosotros" significa que El cruzó el abismo entre Dios y el hombre. El aniquiló la separación al venir para estar a nuestro lado luego de haber estado junto a Dios. Estableció la conexión una vez más porque mediante la encarnación podía permanecer en una relación ininterrumpida con Dios, por lo que se mantuvo espiritualmente sin pecado.

Se considera a Romanos 5: 12-14 "uno de los pasajes más difíciles de la Escritura",¹⁵ y los "detalles de la exégesis de Romanos 5: 12-21 están en controversia",¹⁶ pero creo que la analogía entre Adán y Cristo es la más clara de todas las analogías bíblicas. Lenski dice en forma pertinente que esta analogía "es tan vital porque va tanto a la raíz del pecado como a la liberación del pecado. Todo lo demás que se dice en la Escritura en relación a uno u otro tema se basa en lo que se reveló aquí como el fundamento absoluto".¹⁷ El texto dice: "Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. . . Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de

la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Rom. 5: 12-19).

Observe el triple paralelismo que se establece entre los dos Adanes. La muerte o la condenación no se trasmite de una persona a otra sólo por su propio pecado. Esto también ocurre, es cierto. Pero en un sentido más profundo, la muerte pasa a cada hombre por el pecado de Adán, o por una relación rota con Dios. (El pecado de Adán afectó a toda la raza. Esto se menciona cinco veces en los versículos 15-19.) No es cierto que el pecado se hace presente recién en el primer acto pecaminoso de una persona. Los hombres nacen pecadores. La muerte "reinó" (vers. 14) desde que Adán pecó. Los bebés mueren antes de pecar a sabiendas. Separados del Dador de la vida, la muerte, y no la culpa, pasó desde Adán a toda la raza.¹⁸ Esta es la razón por la que Cristo vino a restaurar la conexión rota y a darnos vida eterna. El paralelismo que se establece en Romanos 5: 12-14 es la clave para su significado. "Así como el fin del pecado es la *muerte*, así también el fin de la justicia es la *vida*".¹⁹ Si el "único pecado de Adán es la causa de la muerte de todos los hombres, y fue cometido antes que naciera cualquier otro hombre",²⁰ entonces la impecabilidad de Cristo es la fuente de toda justicia. El era *similar* a nosotros, al nacer con limitaciones físicas, pero no *igual* a nosotros, porque no nació como un pecador bajo la condición de una relación rota con Dios.

Cristo vino al mundo a restaurar la relación, no a continuar en un estado de separación. Fue así que vino en forma similar a nosotros, pero no en la misma condición que nosotros.

El hecho bíblico de que el pecado pasó desde Adán a cada bebé que nació (no la culpa de Adán, sino la muerte, el resultado del pecado), significa que el pecado no puede ser definido simplemente como un "acto".²¹ Esta es una definición muy superficial. Aunque el pecado involucra elecciones, actos y hasta pensamientos im-

propios (véase Mat. 5: 28), también incluye una naturaleza maligna.²² Si no naciéramos pecadores, entonces no necesitaríamos un Salvador hasta que cometamos un acto pecaminoso o emitamos un pensamiento malvado. Esta idea le hace un terrible daño a las trágicas consecuencias del pecado y a la misión de Cristo como el único Salvador de cada ser humano (Juan 14: 6; Hech. 4: 12). También significa que si Jesús vino con una naturaleza pecaminosa pero resistió, entonces quizás algún otro podría hacer lo mismo, y esa persona no necesitaría que Jesús la salve. Debemos entender que ambos aspectos del efecto del pecado – tanto la muerte corporal como la culpa personal– necesitan de un Salvador. Necesitamos a Jesús como sustituto para nuestra vida, y no sólo por el primer instante en que nos rebelamos a sabiendas.

Pecadores al nacer

Cada ser humano salvado por Cristo nace como un pecador. David dijo: "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Sal. 51: 5). Sin embargo, David también dijo de Dios: "Pero tú eres el que me sacó del vientre" (Sal. 22: 9). "Porque tú formastes mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre" (Sal. 139: 13). ¿Se contradicen estas declaraciones? ¿Nació David como un pecador o no? Estas declaraciones reflejan las dos caras de la verdad, ambas igualmente bíblicas. Mientras que la primera referencia habla de la condición pecaminosa de David al nacer, las otras cuentan del amor salvador de Dios hacia él en esa condición.

Entonces, ¿cómo interpretamos el texto que dice: "El hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo" (Eze. 18: 20)? La Biblia también dice: "Que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen" (Exo. 20: 5; compárese con 34: 7; Núm. 14: 18; 1 Rey. 21: 29). Estas declaraciones ¿también son contradictorias? De nuevo podemos decir que constituyen las dos caras de la verdad bíblica. La primera dice que la conducta personal resulta en la vida o en la muerte, mientras que la segunda sostiene que el pecado de una persona afecta también a su descendencia. Esta es la razón por la que la Biblia dice: "Se apartaron los impíos desde la matriz; se descarriaron hablando mentira desde que nacieron" (Sal. 58: 3).

Las declaraciones: "rebelde desde el vientre" (Isa. 48: 8), y "será lleno del Espíritu Santo, aún desde el vientre de su madre" (Luc. 1: 15),

nuevamente contemplan los dos aspectos, son dos condiciones en el nacimiento, así como también se manifiesta la misericordia de Dios hacia una condición. Por contraste, Jesús no sólo fue lleno del Espíritu Santo. A diferencia de cualquier otro ser, Él también era Dios. ¿Esto significa que tuvo una "Inmaculada Concepción"?

La teología católica, desde el tiempo de Agustín, cree que todos nacen con pecado original.²³ Esto significa creer que cada uno viene al mundo con la culpa del pecado de Adán, porque cada persona estaba seminalmente presente en Adán, y por lo tanto comparte la culpa del primer hombre. Por esto, también Jesús habría de venir al mundo con la culpa del pecado original. Para eludir esta posición, la teología católica inventó el dogma de la Inmaculada Concepción. Esta doctrina sostiene que María nació sin mácula de pecado. Pero, si Dios pudo realizar semejante acto salvador por un ser humano, ¿por qué no lo hizo por todos? Esto también hubiese salvado a Cristo de todas las angustias que involucraba humanarse. Además, si María llegó a ser inmaculada sin Cristo, esto inevitablemente pone en duda el propósito de la misión de Cristo.

La Biblia no dice nada en cuanto a una Inmaculada Concepción, pero anuncia una concepción milagrosa. Jesús era singular. De su singularidad divina surge su nacimiento sin pecado. En este punto la teología católica pasa por alto *quién* era Jesús. No es necesario encontrar en María la razón de la singularidad de Cristo. Esta emana de su propia condición divina. A continuación analizaremos la información bíblica referente a su singularidad.

Jesús como hombre singular

Jesús fue diferente a los demás seres humanos en su misma conciencia. Esto determina todos los otros aspectos. Ningún otro ser humano vivió antes de su nacimiento, ni decidió nacer para complacer al Padre. La conciencia de Cristo siempre estuvo orientada hacia Dios. Él vino a realizar la voluntad de su Padre (Heb. 10: 9), a glorificarlo en su vida y a culminar la obra que el Padre le había dado (Juan 17: 4). Ningún otro bebé, niño o adulto vivió en tan completa abnegación por Dios y por el hombre. Tanto sus actos puros como su naturaleza espiritual pura emanaban de su orientación total hacia Dios. Su unión con Dios determinaba el grado de unión con el hombre.

La palabra griega *monogénés*, traducida como "unigénito" en la versión Valera (1960),

en realidad significa "único en su especie". *Monogénés* viene de *monos*, "uno" y *génos*, "clase" o "tipo". No se debe confundir *monogénés* con *monogénao* que deriva de *monos*, "uno" y *génao*, "engendrado". *Monogénao* significa "unigénito".



Jesús fue diferente a los demás seres humanos en su misma conciencia. . . Ningún otro ser humano vivió antes de su nacimiento, ni decidió nacer para complacer al Padre.

El Nuevo Testamento usa nueve veces *monogénés*, cinco de las cuales se refieren a Jesús (Juan 1: 14, 18; 3: 16, 18; 1 Juan 4: 9). La forma como se utiliza este vocablo en las otras cuatro ocasiones arroja luz sobre el significado de la palabra cuando se refiere a Jesús. Primero, el caso del hijo de la viuda de Naín, que era todo lo que ella tenía (Luc. 7: 12). El segundo caso es el de la hija de Jairo, que bien podía tener hijos, pero la que murió era su única hija (Luc. 8: 42). En tercer lugar, se registra el caso del endemoniado que era el único hijo de su padre en esa condición (Luc. 9: 38). En estos tres pasajes *monogénés* no significa "unigénito", sino "único en su clase". Este hecho es aún más claro en el cuarto ejemplo, que aparece en Hebreos 11: 17. Allí se llama *monogénés* a Isaac cuando, en realidad, era el segundo de los hijos de Abraham (Ismael era el primero). Sin embargo, él (Isaac) era el único en su clase, el hijo singular, pues solo él era el hijo de la promesa.

Cuando se utiliza *monogénés* para referirse a Jesús siempre tiene esta connotación de único en su clase, alguien que es único, singular. Él era el Hijo de la promesa, el único en su misión y nacimiento, como también en su vida. Su nacimiento singular consiste no sólo en la forma como nació (sin un padre humano), sino también en la naturaleza con que nació (sin pecado).

Él era único en su clase porque era el único hombre que también era Dios. Él fue el único hombre que nació del Espíritu, sin un progenitor humano. Era el único humano que existió eternamente como Dios antes de llegar a ser

hombre, y así era singularmente independiente de padres para la vida. Fue el único hombre que era *similar*, pero no *igual* a los demás.

Su singularidad surge de *quién* era él. Su condición hizo que su nacimiento fuera diferente. Poseía la humanidad física debilitada por el pecado, pero tenía una relación eterna e inmaculada con el Padre. Si se hubiese considerado a Cristo como *monogénés*, muchos se hubieran salvado del panteísmo (Kellogg, Jones, Waggoner) y del movimiento de la carne santificada (Donnell, de la Asociación de Indiana).²⁴

El era el único en su clase porque era el único hombre que también era Dios. Fue el único que nació del Espíritu. Era el único humano que existió eternamente como Dios antes de llegar a ser hombre.

La Biblia requiere que la singularidad de Jesús sea nuestro punto de partida de la cristología. El no es sencillamente otro hombre, sino Dios que se hizo hombre. "Y aquel Verbo fue hecho carne" (Juan 1: 14). Este paso en dirección al hombre es el contexto para el desenvolvimiento del significado del Dios-hombre. Algunos descuidan esto, escogiendo más bien comenzar con la generación final y su demostración posterior al periodo de prueba. Ellos razonan que si aquella generación ya no comete actos pecaminosos aunque conserva su naturaleza pecaminosa, entonces Cristo debió tener también una naturaleza pecaminosa. Porque, ¿podría esa generación final ser mejor que Cristo? Esto es cristología escatológica, o volver hacia atrás desde el futuro y atribuirlo a la naturaleza humana de Cristo. Pero el punto de partida debería ser Cristo y no la escatología. Necesitamos una escatología cristológica en vez de una cristología escatológica.

Los errores teológicos de Schweitzer y Barth debieran advertirnos y conducirnos aquí. Tanto Schweitzer como Barth (en sus escritos más tempranos) comenzaron con la escatología y retrocedieron a la Cristología, con resultados desastrosos. El Jesús de Schweitzer termina como un hombre engañado²⁵, y el

Cristo de Barth como un Dios "totalmente otro"²⁶ –dos exageraciones opuestas, ninguna de las cuales hace justicia a Cristo Jesús.

El pensamiento cristológico debe comenzar con la singularidad de Cristo como el Hijo de Dios antes que con su semejanza con los hombres como Hijo del hombre. Además, epistemológicamente, no podemos pasar de lo humano a lo divino, pero podemos hacerlo de lo divino a lo humano. Al definir la naturaleza humana del hombre Jesús, *monogénés* debe ser el punto de partida y el centro de la cristología.

Protótokos, o primogénito, se refiere a Jesús siete veces (véase especialmente Heb. 1: 6; Rom. 8: 29; Col. 1: 15, 18; Apoc. 1: 5). "Primogénito" no se refiere tanto al tiempo como a la importancia. Como en la cultura hebrea el hijo mayor recibía los privilegios de la familia, así Jesús, el "primogénito" entre los hombres, ganó de nuevo todos los privilegios perdidos mediante la caída. Así, "hijo unigénito" y "primogénito" no han de ser interpretados literalmente cuando se aplican a Jesús. Más bien, implican que era único en su género, singular. Su misión era ser un segundo Adán, el nuevo primogénito, o cabeza de la raza. Esto lo califica para ser nuestro representante, sumo sacerdote e intercesor en el gran conflicto.

Jesús es nuestro ejemplo en la vida, pero *no en el nacimiento*. Si El es nuestro ejemplo en el nacimiento, tal vez algún otro ser humano podría alcanzar una vida perfecta y no necesitaríamos un Salvador. Este pensamiento está en la base de la teología de Friedrich Schleiermacher. El creía que Jesús era sólo cuantitativa y no cualitativamente diferente de los demás seres humanos. ¿No nació El como todos los demás? ¿No fue su conciencia más plena de la presencia de Dios y su sentimiento de dependencia de Dios lo que lo diferencia de otros? Sin embargo, alguien vendrá en el futuro que lo trascenderá.²⁷ Este pensamiento nos advierte que es peligroso pasar por alto la plena distinción bíblica entre el nacimiento de Cristo y el de todos los demás seres humanos.

La teología de Karl Barth también contiene problemas con respecto a la naturaleza de Cristo en su nacimiento.²⁸ Aunque creía que Jesús era verdaderamente Dios, no aceptaba las consecuencias bíblicas de ello como controles de su comprensión de la Encarnación. El pretende que el niño Jesús nació con carne pecaminosa.²⁹ La única forma en que Barth podía evitar las consecuencias de ello era decir que Cristo aceptó esta naturaleza pecaminosa

dentro de su naturaleza divina de tal manera que las tentaciones y el pecado eran virtualmente imposibles.³⁰

Los datos bíblicos conducen en dirección opuesta al pensamiento de Schleiermacher y Barth. El hombre Jesús es singular. El es nuestro sustituto en la vida. Cubre nuestros caracteres imperfectos con su perfecto carácter humano. Su carácter es nuestro manto de justicia, el vestido de bodas sin el cual no podemos entrar en el reino. El es nuestro sustituto en la muerte. El murió a fin de pagar el precio del pecado en nuestro lugar para que podamos tener vida eterna. Pero El también es nuestro sustituto en el nacimiento. El nació sin pecado a fin de satisfacer nuestra primera necesidad de El como Salvador, cuando nacemos pecadores.

La Biblia no asigna valor salvador a nuestro primer nacimiento. En realidad, claramente afirma: "A menos que un hombre nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Juan 3: 3). Sólo el hombre Jesús no necesitó el nuevo nacimiento. Esto lo pone en una categoría separada sólo para El.

Cristo es de la línea de Abrahán y David³¹

De los datos bíblicos considerados hasta ahora, ¿qué podemos concluir que significan las siguientes expresiones: "El socorrió a la descendencia de Abrahán" (Heb. 2: 16) y "era del linaje de David según la carne" (Rom. 1: 3; véase también Juan 7: 42; 2 Tim. 2: 8)? ¿Afirmando estos pasajes que Jesús tomó una naturaleza pecaminosa originada en Abrahán y David? A la luz del contexto bíblico más general, estos textos no hablan de la *naturaleza* de Cristo sino de la *misión* de Cristo. No tratan del tipo de carne con que nació (pecaminosa o sin pecado). Más bien, sostienen que como judío (Heb. 2: 16) y como su rey real (Rom. 1: 3), Jesús vino como el cumplimiento del pacto. Dios llamó a Abrahán para constituir un pueblo por medio del cual pudiera bendecir a todas las naciones (Gén. 22: 18). En forma similar, Jesús vino por medio de María a fin de salvar a las naciones (Mat. 1: 18, 21; véase también Juan 3: 16). La misión y no la naturaleza es el contexto.

Israel, en el período del Antiguo Testamento, y los judíos cristianos en los días del Nuevo Testamento, consideraban a Abrahán como el "padre" de la iglesia de Dios en su primera forma (véase Isa. 51: 2; Rom. 4: 12 y Sant. 2: 21 con sus contextos). Así Mateo, escribiendo

a los judíos, comienza la genealogía de Jesús con Abrahán (Mat. 1: 1). Y el autor de Hebreos, quien también escribe a judíos, dice que "socorrió a la descendencia de Abrahán" (Heb. 2: 16). El que Jesús esté en la línea de Abrahán no niega su actualización del propósito exacto de la línea del pacto al llegar a ser el segundo Adán. En realidad, el mismo libro que menciona la conexión de Cristo con David también lo presenta como el segundo Adán (véase Rom. 5: 12-21).

El pensamiento cristológico debe comenzar con la singularidad de Cristo como el Hijo de Dios antes que con su semejanza con los hombres como Hijo del hombre.

¿Incluye la sustitución el llegar a ser exactamente como nosotros en el nacimiento? ¿Podía Jesús realmente salvarnos si no llegaba a ser uno con nosotros en naturaleza pecaminosa? ¿Descendió realmente al abismo en donde nos encontramos a fin de sacarnos de él? Allí en el abismo tomó la verdadera carne humana sólo al grado en que su unión con el Padre permaneciera sin ser afectada. En otras palabras, no podía ser pecaminosa en su naturaleza, pues por definición tal naturaleza es el resultado de la separación de Dios. La unión con Dios y la naturaleza espiritual pecaminosa están tan distantes entre sí como el cielo y el infierno. Decir que El llegó a identificarse con nosotros y al mismo tiempo se mantuvo leal a Dios es comprender mal la terrible naturaleza del pecado. *El pecado es separación de Dios*. O Jesús mantuvo una relación no quebrantada con el Padre, o bien la abandonó y nos arrojó en la alienación.

Jesús fue nuestro sustituto y ejemplo, en ese orden. Hay una prioridad de la sustitución sobre el ejemplo como la ley de Dios sobre el hombre, y del Salvador sobre los salvados. Es importante que notemos esto. La cristología nunca debe comenzar con el ejemplo y la esperanza para hacer justicia a su sustitución. Tiene que tomar el sendero que conduce de la sustitución al ejemplo. Necesitamos esta sustitución

en todo: necesitamos su eterna divinidad, su nacimiento sin pecado, su muerte perfecta, su resurrección, su intercesión sumo sacerdotal, y su segunda venida. También lo necesitamos como hombre para dar un ejemplo de dependencia total de Dios.

Su carácter es nuestro manto de justicia, el vestido de bodas sin el cual no podemos entrar en el reino.

El hecho de que nació sin pecado de ninguna manera sugiere que guardar la ley no es importante para el resto de nosotros que nacimos pecadores. *No es cierto que la creencia en la naturaleza sin pecado de Cristo signifique que nadie más puede o debe siquiera tratar de guardar la ley. Jesús no es nuestro sustituto para que podamos vivir como queramos.*

Tentado como nosotros

Hemos visto que los datos bíblicos presentan a un Jesús humano singular que no podía haber tenido una naturaleza pecaminosa. Pero surgen las acuciantes preguntas: ¿Puede, entonces, comprendernos realmente? ¿O es un ser remoto que tuvo una ventaja injusta sobre nosotros? ¿Puede nuestro Sumo Sacerdote simpatizar con nosotros? En resumen, ¿fue realmente tentado en todo como nosotros?

Nuestra cristología afecta nuestra comprensión de las tentaciones de Cristo. Durante siglos, la cristología clásica consideró que Jesús vivió sobre la tierra como Dios. Tenía poderes que no están por naturaleza a disposición del hombre. No es extraño, entonces, que consideraran que las tentaciones no fueron gran problema para Él. Aunque Anselmo (1033-1109) fue el primer erudito de significación que consideró que Cristo vivió en la tierra como hombre (escribió *Cur Deus Homo*), otros posteriormente continuaron pasando por alto la realidad de esta lucha. De este modo la creencia de Calvino de que Jesús permaneció en su trono en el cielo mientras vivía en la tierra (*extra Calvinisticum*), la combinación de la naturaleza humana y divina que enseñó Lutero (*communicatio idiomatum*), y la envoltura de la humanidad asumida por una divinidad impene-

trable de Barth (*ganz anderer*), todas hacen aparecer las tentaciones de Cristo como irrealles, e imposible que pudiera pecar. E. J. Waggoner, como Barth, creía que Jesús tomó la carne pecaminosa, pero que no podía pecar, por cuanto era divino.³² ¿De qué vale una naturaleza pecaminosa como la nuestra si tenía una naturaleza divina diferente de la nuestra? La una cancela a la otra, eliminando la realidad de las tentaciones para Él.

En contraste, la Biblia declara que "fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (Heb. 4: 15). "En todo" no significa las mismas tentaciones (plural), sino la misma tentación (singular). Por ejemplo, Jesús nunca fue tentado a mirar televisión, a fumar marihuana, o a exceder los límites de velocidad en las carreteras. Pero Él fue tentado a dejar de depender de Dios. Satanás empleó diferentes *medios* para el mismo *fin*. Porque el objetivo de toda tentación es destruir nuestra relación con Dios.

Las tentaciones de Cristo fueron mayores que las nuestras, pues sólo Uno que nunca transigió podía sentir toda su fuerza.³³ B. F. Westcott lo expresó así: "La simpatía hacia los pecadores en sus pruebas no depende de la experiencia del pecado sino de la experiencia de la fuerza de la tentación a pecar, que sólo los que nunca han pecado pueden conocer en toda su intensidad. El que cae cede antes del último esfuerzo".³⁴

Pero, "en todo", ¿incluye "de la misma manera"?³⁵ Santiago escribió: "Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido" (Sant. 1: 14). La propensión al mal (una inclinación a pecar) se adquiere de dos maneras: pecando o haciendo pecador. Cristo no hizo ninguna de estas cosas. Nació "santo" (Luc. 1: 35) y Satanás no encontró nada en Él (véase Juan 14: 30). "Tentado en todo según nuestra semejanza" debe entenderse a la luz de los datos bíblicos ya considerados. Indica que Él, como ser humano singular, fue tentado en todo como nosotros. Otra vez, la tentación básicamente implica que Satanás intenta destruir nuestra relación con Dios.

No podemos siquiera pensar que Jesús se arrojaría a una separación de su Padre en el mismo acto de venir a hacer su voluntad. Ambas cosas son mutuamente excluyentes. La singularidad de su nacimiento no es causa para que protestemos: "Así no vale, tú realmente no llegaste a ser como uno de nosotros, todo te fue más fácil que a nosotros. ¡Quién no podría resistir las tentaciones si tuviera una naturaleza

sin pecado como la tuya!" ¿De qué otra manera podría haber sido? Cualquier supuesta ventaja que Jesús tuviera no era para sí mismo. Su misión salvadora determinó el grado de su identificación con nosotros.

Sin embargo, esto nos lleva a una paradoja: Permanecer diferente de nosotros no le daba ventajas; en realidad era una desventaja para El. Pues si el punto central de la tentación es conseguir que confiemos en nosotros mismos en vez de confiar en Dios, ¿quién tendría una tentación mayor: Jesús, que podía basarse en su propia divinidad, o nosotros, que no tenemos nada comparable?

La desventaja de Jesús en la tentación procedía de su singularidad. Y sobre esta singularidad descansa nuestra salvación. Sólo Jesús sintió todo el ímpetu del odio satánico, pues el conflicto de Satanás está dirigido contra Cristo y no contra ningún otro humano. Todo el infierno se desató contra este dependiente hombre Jesús; y además, Jesús no podía conseguir perdón si era vencido. ¡Imaginen la presión cuando cada momento, cada acto estaba tan lleno de consecuencias para El mismo y para el mundo entero!

Si Jesús debía ser carne pecaminosa para comprender por experiencia nuestras luchas, entonces, ¿cómo podría empatizar con los deshechos de la raza? ¿Cómo podría salvar a la generación después de dos mil años de degeneración genética? Si tomar nuestra naturaleza pecaminosa era un prerrequisito para ser tentado como nosotros, habría necesitado ser contemporáneo del último hombre que naciera. Sin embargo, aun si Jesús fuera una persona de la última generación, sus contemporáneos estarían todavía más degradados por sus propios pecados. Si la naturaleza pecaminosa fuera un elemento necesario del ser tentado como nosotros, entonces Cristo no fue tentado como nuestra generación y los que se degradaron por sus propios pecados personales. Pero si su singularidad hizo que su tentación fuera mayor, entonces El no necesitaría nuestra naturaleza caída para ser tentado como nosotros.

No fue hasta su muerte que El, "que no conoció pecado" llegó a ser pecado por nosotros (2 Cor. 5: 21). Nunca antes de ese momento le produjo el pecado la separación de su Padre, que lo indujo a exclamar: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mat. 27: 46). El hombre Jesús llegó a ser pecado por nosotros en su *misión* en la muerte y no en su *naturaleza* al nacer.

Doxología

La teología es una búsqueda humana que procura comprender la autorrevelación de Dios. La cristología es el centro y el corazón de la teología, pues Jesucristo es la máxima revelación de Dios al hombre. También El es la mejor revelación del hombre auténtico al hombre. Jesucristo fue singular no sólo como Dios con nosotros, sino también como hombre con nosotros. Fue la divinidad sin pecado unida con la carne humana debilitada por el pecado, pero fue igualmente sin pecado en ambas naturalezas. El era Dios con nosotros, pero vivió como hombre con nosotros en un despojarse (vaciar-se) a sí mismo (véase Fil. 2: 7). Aunque seguía siendo Dios, puso a un lado sus atributos divinos, viviendo como un hombre auténtico totalmente dependiente de su Padre celestial.

No es cierto que la creencia en la naturaleza sin pecado de Cristo signifique que nadie más puede o debe siquiera tratar de guardar la ley. Jesús no es nuestro sustituto para que podamos vivir como queramos.

¡Maravillense, habitantes del inmenso cosmos! ¡Admírense, ángeles del cielo! ¡Adórenlo, pecadores de la tierra! Porque ¿qué otro humano, nacido de mujer puede igualarse con Este en naturaleza y hechos? ¿Quién otro renunció a tanto por tan pocos? ¿Quién otro llegó a limitarse a un cuerpo humano habiendo existido en todas partes antes? ¿Quién otro escogió permanecer así limitado para siempre? ¿Quién otro se arrojó al inoperativo cáncer terminal del pecado para producir un sanamiento radical sin infectarse El mismo? ¿Quién otro podía ser médico de los hombres al mismo tiempo que se alejaba de la plaga humana?

¿Cómo podía Jesús ser mi ejemplo en todo esto? ¿Cómo podría imitarlo? ¿Cómo podría ser eterno, ser Dios, ser sin pecado en el nacimiento, sin pecado como bebé, y sin pecado durante toda la vida? ¿Cómo podría vencer todo lo que El venció? Y cuando por fin venció a Satanás por su muerte en el Calvario –que

tiene consecuencias cósmicas y de salvación—, ¿cómo podría yo seguirle? Sí, yo anhelo ser como El, pero admitió que El es singular para siempre. Con Pedro yo confieso: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Luc. 5: 8). Sin embargo, El, en su misericordia dice: “Venid a mí” (Mat. 11: 28). Me atrae por su singularidad. Necesito desesperadamente aquello que lo hace diferente de mí.

El cristianismo no es sencillamente ser como El. El cristianismo es vivir *en* El. Somos justos sólo *en Cristo*, nunca por nosotros mismos. Las buenas nuevas son más que “imíteme”. Siempre es primero y por sobre todo “aférense a mí”, “permaneced *en* mí” (Juan 15: 4), “Cristo *en* vosotros, la esperanza de gloria” (Col. 1: 27), y “nos hizo aceptos *en* el Amado” (Efe. 1: 6).

La verdadera cristología termina, no en debate, sino en agradecida adoración y gozosa

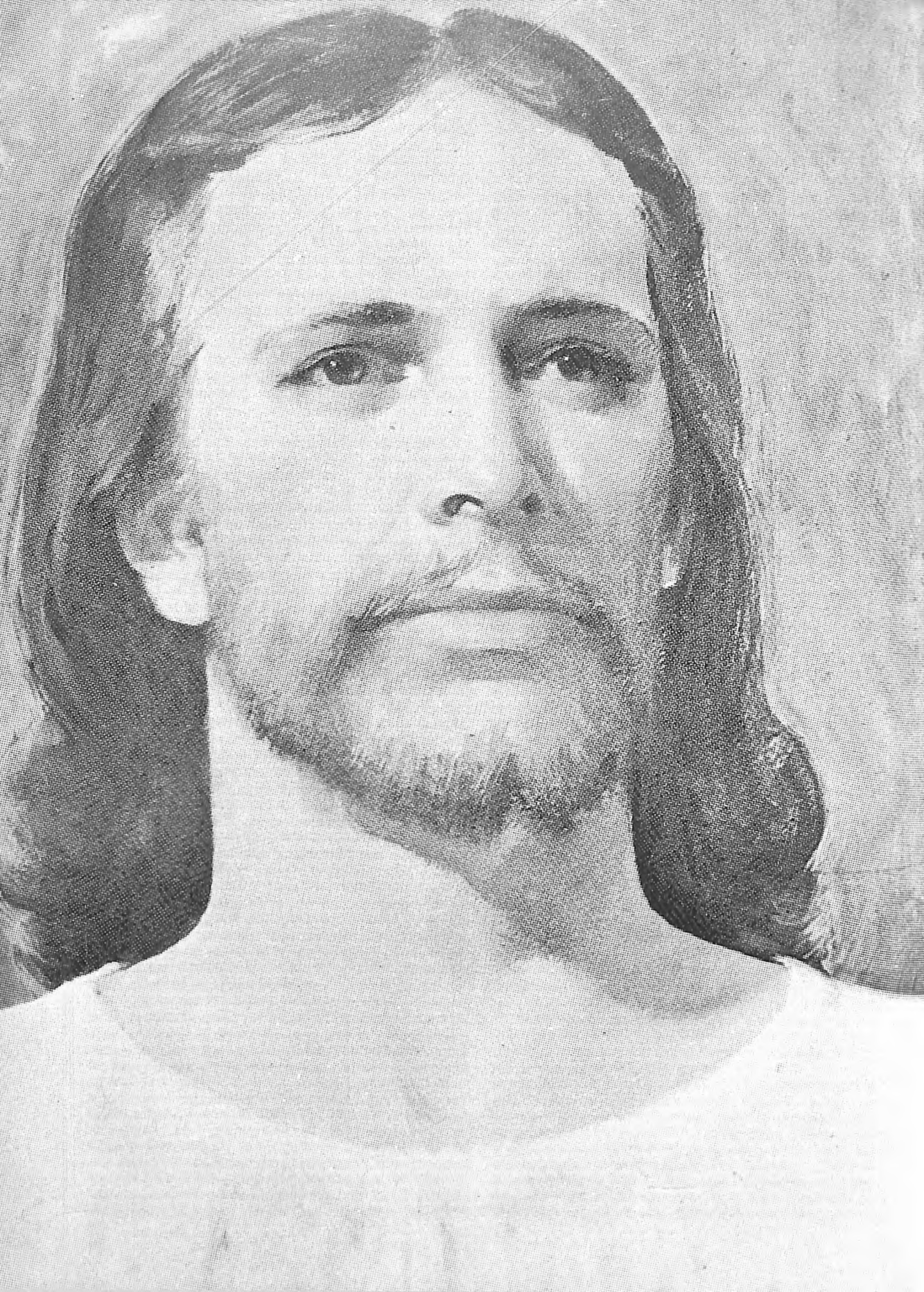
obediencia. Al contemplarlo no sólo lo alabamos sino llegamos a ser como El (véase 2 Cor. 3: 18). Ver su amor por nosotros, su amor singular como hombre singular, nos galvaniza; anhelamos más ser llenados por El que ser semejantes a El. Este enfoque es crucial. Nos aparta de El y de sus obras, y de nosotros mismos y de nuestras obras. No lo seguimos simplemente, sino que tenemos compañerismo. Y no son sólo reglas, sino relaciones. No una experiencia, sino una persona. Porque el cristianismo es íntegramente Cristo. De esta comunión procede un maravilloso milagro —¡llegamos a ser iguales a quien más admiramos! Es un resultado natural del anhelo de que habite dentro de nosotros. La cristología culmina en la exclamación: “¡Ya no vivo yo, mas vive Cristo *en* mí!” (Gál. 2: 20). Sólo por esta unión dependiente puede Jesús ser nuestro hombre modelo, nunca por su naturaleza al nacer. □

¹ Véase E. C. Webster, *Crosscurrents in Adventist Christology* (Berma, Suiza, Peter Lang Pub., Inc., 1984), para evaluar comparativamente la cristología de H. E. Douglass, E. Heppenstall, E. J. Waggoner y E. G. de White. Los autores adventistas que sostienen que la naturaleza de Cristo era pecaminosa, son (por orden alfabético): T. A. Davis, *Was Jesus Really Like Us?* (Washington, D.C., Review and Herald Pub. Assn., 1979); H. E. Douglass y Leo Van Dolson, *Jesus: The Benchmark of Humanity* (Nashville, Southern Pub. Ass., 1977). Los que sostienen que la naturaleza de Cristo está libre de pecado son (por orden alfabético): N. R. Gulley, *Christ Our Substitute* (Washington, D.C., Review and Herald Pub. Assn., 1982); E. Heppenstall, *The Man Who is God* (Washington, D.C., Review and Herald Pub. Assn., 1977); H. K. LaRondelle, *Christ Our Salvation* (Mountain View, Calif., Pacific Press Pub. Assn., 1980). En la cristología clásica se destacan tres enfoques; Jesús como: 1) Un ser muy divino. Este fue el enfoque que prevaleció durante siglos, como se ve en Atanasio y en Calvino en *extra Calvinisticum*. Según esta perspectiva la divinidad de Cristo permaneció en el trono celestial mientras que su humanidad estaba en la tierra. 2) muy humano, es el enfoque ariano; y 3) una mezcla de lo divino y lo humano, como se ve en la *communicatio idiomatum* de Lutero. Los dos enfoques que prevalecen en la Iglesia Adventista consideran que el punto de vista opuesto hace a Jesús demasiado humano o demasiado divino. Esto, obviamente, influye en la forma en que consideramos que El es nuestro ejemplo para vencer las tentaciones. ² Para un estudio de los escritos de Elena G. de White, véase Norman R. Gulley, “Behold the Man”, *Adventist Review*, 30 de junio de 1983. Es una imperiosa necesidad que se realice un estudio teológico y hermenéutico de los escritos de Elena G. de White en general, y de su cristología en particular. Se necesitarían algunas investigaciones adicionales para ver si Elena G. de White apoyaba en forma general el nuevo enfoque de Jones y de Waggoner, que ponían todo su acento en Cristo, o apoyaba cada detalle de la cristología que sustentaban, como ser, la naturaleza humana de Jesús. (Véase Age Rendalen, “The Nature and Extent of Ellen White’s Endorsement of Waggoner and Jones” [monografía de investigación, Biblioteca de la Universidad de Andrews, 1978].) También debemos recordar que la cristología de Waggoner y Jones se tornó cada vez más panteísta. El panteísmo es una excesiva identificación de Dios con la creación, que podría considerar-

se como la conclusión lógica de igualar, en su naturaleza, a Jesús con los demás seres humanos. También debe definirse cómo usa Elena G. de White la expresión “naturaleza pecaminosa”, y otras sinónimas, y el contexto en que las emplea, como también el contexto histórico de cada manuscrito, carta o artículo. Las compilaciones extraídas de múltiples fuentes, generalmente fallan en asignar el lugar apropiado a los antecedentes históricos. Es obvio que en cuanto a este punto podrían ser de mucha ayuda diferentes disertaciones doctorales. Un hecho es evidente: El estudio de la cristología debe comenzar con la información bíblica. Recién entonces podremos leer los escritos de Elena G. de White. Ella nunca pretendió que se siguiese el procedimiento opuesto, que tampoco es fiel a las presuposiciones adventistas del séptimo día, pues la Biblia es la base para todas las doctrinas adventistas del séptimo día. ³ La definición de términos es fundamental en toda esta discusión. A partir de la información bíblica considerada, notaremos que: 1) Cristo fue singular como hombre (similar, pero no idéntico). Por lo tanto, personalmente defino a su naturaleza humana como afectada físicamente por el pecado, pero absolutamente inmaculada espiritualmente. El tuvo la estatura de un hombre de su tiempo, se cansó, tuvo hambre y dolor. Pero espiritualmente se mantuvo en una relación inquebrantable con Dios, al igual que Adán antes de la caída. 2) Su nacimiento del Espíritu también fue algo único. No puede compararse con nuestro nuevo nacimiento del Espíritu, porque nosotros pecamos antes del nuevo nacimiento, en tanto que El era santo antes de nacer. Nuestro nuevo nacimiento surge de un contexto corrupto. Su nacimiento se produce en el contexto de lo santo. 3) La doctrina del pecado (amartología) está vinculada al debate de la naturaleza de Cristo (cristología). Cuando se entiende que el pecado es una relación rota con Dios, es imposible concebir que Cristo nació con una naturaleza pecaminosa. Porque no puede haber mayor demostración de unión con Dios que el grado de obediencia a la voluntad divina manifestado por Cristo (Heb. 10: 7-9). Dentro de la Iglesia Adventista, las dos tendencias necesitan emplear palabras y locuciones como *carne, pecado, igual, similar, singular, Inmaculada Concepción, pecado original, simiente de Abrahán y simiente de David*, como las utilizan los escritores bíblicos o como son empleadas en este artículo. Si así se hiciera, se establecería una comunicación fidedigna entre ellos (estarían hablando de lo mismo) y se dispararían muchas discusiones. ⁴ *Englishman’s Greek Con-*

cordance of the New Testament (London, S. Bagster and Sons, 1903), págs. 680, 681. ⁵ Reinhold Niebuhr cree en forma incorrecta que *sárx* es utilizado por Pablo como "principio de pecado", véase *The Nature and Destiny of Man* (Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1949), pág. 152. ⁶ *Amartía* y sus formas derivadas se encuentra 174 veces en el Nuevo Testamento, más de cincuenta veces en los escritos de Pablo. *Adikia* es una palabra legal y más especializada que significa "no justo" (es lo opuesto a la justicia, *dikaíosúne*). *Paráptoma* deriva de *parapipto*, "recaer". Véase Colin Brown, *The New International Dictionary of New Testament Theology* (Grand Rapids, Zondervan, 1978), t. 7, pág. 573. Por una información general en cuanto a *amartía* y sus usos, véase R. Kittel, *Theological Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids, Eerdmans, 1964), t. 1, págs. 308-311; W. E. Vine, *Expository Dictionary of the New Testament Words* (London, Oliphants, 1946), t. 4, págs. 32-34. ⁷ G. W. Bromiley, trad., (Grand Rapids, Eerdmans, 1971), pág. 126. Para ver el artículo completo, véanse las páginas 124 a 144. ⁸ *Ibid.*, pág. 130. ⁹ *Ibid.*, pág. 134. ¹⁰ 1 Juan 4: 1-3 no dice qué clase de naturaleza humana (caída o no caída) adoptó Jesús, sino que se refiere a la naturaleza misma. Los gnósticos y, posteriormente, los docetistas creyeron que Jesús nunca fue plenamente humano, sino que apareció como ser humano. Este pasaje denomina como anticristo a semejante negación de su humanidad. ¹¹ En forma similar aquí no se refiere a un ser diferente a los humanos (un extraterrestre). Más bien, a un humano que era solamente similar a todos los otros seres humanos. ¹² "Al tomar sobre sí mismo la naturaleza del hombre en su condición caída, Cristo no participó de ningún modo en su pecado. Estaba sujeto a las flaquezas y debilidades que rodean al hombre. . . Fue alcanzado por el sentimiento de nuestra debilidad, y fue tentado en todo como nosotros. Pero El no conoció pecado. . . No debiéramos tener ninguna duda en cuanto a la perfección inmaculada de la naturaleza de Cristo", Elena G. de White, *Signs of the Times*, 9 de junio de 1898 (citado en *The Seventh-day Adventist Bible Commentary*, t. 5, pág. 1131). "El habría de asumir su posición como cabeza de la humanidad al tomar la naturaleza pero no la pecaminosidad del hombre", Elena G. de White, *Signs of the Times*, 29 de mayo de 1901 (citado en *The Seventh-day Adventist Bible Commentary*, t. 7, pág. 912). ¹³ El conservó la divinidad durante la encarnación. Estaba latente dentro de las limitaciones por El elegidas de la *kenosis* (Fil. 2: 6-8). ¹⁴ "El enfoque del Antiguo Testamento del pecado es el lado opuesto y negativo a la idea de pacto, y a menudo se la expresa en términos legales", *The New International Dictionary of New Testament Theology*, t. 3, pág. 578. "*Amartía*, en el Nuevo Testamento, siempre se la emplea como el pecado del hombre, que en su sentido último está dirigido a Dios", *ibid.*, pág. 579. "En el cuarto evangelio *amartía* designa. . . un acto pecaminoso específico, un estado, o aun un poder que aleja al hombre y al mundo de Dios", S. Lyonnet y L. Sabarin, *Sin, Redemption, and Sacrifice: A Biblical and Patristic Study*, t. 48 de *Analecta Biblica* (Roma, Biblical Institute Press), pág. 39. ¹⁵ R. Govett, *Govett on Romans* (Florida, Conley and Schoettle Pub. Co., 1981), pág. 134. ¹⁶ E. F. Harrison, ed., *Baker's Dictionary of Theology* (Grand Rapids, Baker Book House, 1969), pág. 488. ¹⁷ R. C. H. Lenski, *Interpretation of Romans* (Columbus, Ohio, Wartburg Press, 1945), pág. 366. ¹⁸ John Murray, *The Epistle to the Romans*, en *The New International Commentary on the New Testament* (Grand Rapids, Eerdmans, 1971), t. 1, pág. 183. Lea también las páginas 178 a 209 sobre "The Analogy". ¹⁹ Govett, *op. cit.*, pág. 142. ²⁰ Lenski, *op. cit.*, pág. 364. ²¹ Varios vocablos griegos que aparecen en Romanos 5 terminan en *ma*. La terminación *ma* significa "resultado". Dos de estas palabras son *caída* y *gracia*, y establecen una comparación entre el pecado de Adán con la salvación operada por Cristo. Ambos resultados se transmitieron a la raza humana por estos dos Adanes sin considerar las obras del hombre. Este es el tema central de la

epístola de Pablo. ²² Hay once palabras hebreas que conllevan diferentes matices de pecado (véase la nota 23). ²³ Para un estudio detallado en cuanto al pecado, véase G. C. Berkouwer, *Sin* (Grand Rapids, Eerdmans, 1971), y Piet Shoonenberg, S. J., *Man and Sin: A Theological View* (South Bend, Ind., University of Notre Dame Press, 1965). Y en cuanto al enfoque católico del "pecado original" véase R. C. Broderick, *The Catholic Encyclopedia* (Nashville, Thomas Nelson Pub., Co., 1976), pág. 440; *Baker's Dictionary of Theology*, págs. 486-489; George Vandervelde, *Original Sin: Two Major Trends in Contemporary Roman Catholic Reinterpretation* (Lanham, Md., University Press of America, 1982); y John Murray, *The Imputation of Adam's Sin* (Grand Rapids, Eerdmans, 1959). ²⁴ Tanto el panteísmo como el movimiento de la carne santificada fracasaron en asignar a Jesús el lugar adecuado como *monogenés*. El panteísmo identificó excesivamente a Dios con el hombre, dejando a un lado la posibilidad de singularidad. Por su parte, el movimiento de la carne santificada se concentró tanto en ser como el Jesús inmaculado que nuevamente no se asignó el lugar adecuado a su singularidad. ²⁵ Albert Schweitzer, *The Quest of the Historical Jesus* (London, Adam and Charles Black, 1954), págs. 254, 358, 368. ²⁶ Karl Barth, *Church Dogmatics* (Edimburgh, T. & T. Clark, 1936-1969), 4 tomos, véase, t. 1, parte 2, pág. 50; t. 2, parte 1, pág. 63; *The Humanity of God* (London, Collins, 1961), pág. 44. ²⁷ Friedrich Schleiermacher, *The Christian Faith* (Edimburgh, T. & T. Clark, 1928). ²⁸ "Lo que Dios es en su revelación, lo es anteriormente, y por toda la eternidad en su propio ser intratrinitario", esta es la "revelación" fundamental que subyace en la teología barthiana. Dentro de este contexto su *logos ensarkos*, siguiendo la *crisología enhipostática*, considera que la humanidad de Jesús existió solo en la divinidad eterna de Cristo. A veces, este concepto se acerca a presentar una humanidad eterna de Jesús. (Véase *Church Dogmatics*, t. 3, parte 2, págs. 484, 493.) También afirma que Jesús no es hombre (*homo*), sino humanidad (*humanun*). (*Ibid.*, t. 4, parte 2, pág. 48.) ²⁹ *Ibid.*, t. 1, parte 1, pág. 191; t. 3, parte 2, pág. 51; t. 4, parte 1, págs. 69, 88, 90, 93-95, 98, 100, 203. ³⁰ *Ibid.*, t. 1, parte 2, págs. 158, 191; t. 3, parte 2, pág. 51. ³¹ Los evangelios revelan el contexto de pacto en el que vivieron Jesús y sus contemporáneos. Abrahán fue el padre de los fieles hijos de Israel, que esperaron que el Mesías viniera como "el hijo de David", de la línea davídica. El cántico de María reconoce esto (Luc. 1: 55), como también lo hace Zacarías. Menciona que la salvación vendría de la casa de David (vers. 69), pues Dios recordó su pacto con Abrahán (vers. 73). Los ciegos llamaron a Jesús "hijo de David" (Mat. 9: 27; 12: 22, 23; 20: 30; Mar. 10: 46, 47). Los maestros de la ley lo llamaron "hijo de David" (Mar. 12: 35). En ocasión de su entrada triunfal la multitud gritó hosanas al "hijo de David" (Mat. 21: 9). Cristo llamó a la mujer lisiada "hija de Abrahán" (Luc. 13: 16). En la historia del rico y Lázaro, el mendigo fue llevado junto a Abrahán luego de la muerte (Luc. 16: 22), y Cristo describe la vida eterna como una participación en un banquete en el reino, junto a Abrahán (Mat. 8: 11). Mientras que los judíos afirmaban que Abrahán era el padre de ellos (Juan 8: 33-39), Jesús fue más allá de esta línea generacional del pacto, y dijo: "Antes que Abrahán fuese, yo soy" (Juan 8: 58). Hay dos aspectos que requieren una equilibrada consideración: Jesús dijo que descendía de Abrahán porque era el Mesías prometido, que conducía a su cumplimiento todas las promesas del pacto. Y Jesús dijo que era anterior a Abrahán porque él es Dios desde toda la eternidad. ³² E. J. Waggoner, en *Signs of the Times*, 21 de enero de 1889; *Christ and His Righteousness* (Oakland, Calif., Pacific Press Pub. Co., 1890), pág. 28. ³³ F. F. Bruce, *Commentary on the Epistle to the Hebrews* (London, Marshall, Morgan and Scott, 1974), pág. 87. ³⁴ Citado por el *Commentary on the Epistle to the Hebrews*, pág. 88. ³⁵ Dietrich Bonhoeffer, aparentemente, pensaba así. Véase *Temptation* (Nueva York, Macmillan, 1955), pág. 16.



¿Qué naturaleza humana tomó Jesús? Caída

¿Qué base nos proporcionan los primeros concilios de la iglesia para nuestro actual debate acerca de la naturaleza de Cristo? ¿Qué indican los pasajes clave del Nuevo Testamento acerca de la clase de naturaleza humana que El tomó? ¿Por qué tomó naturaleza humana, y qué nos revela esto acerca de la clase de naturaleza que tomó?

H. E. Douglass

EN LOS PRIMEROS siglos de la Era Cristiana los eruditos generalmente estaban de acuerdo en que Jesús había tenido una vida anterior como Dios, y que había vivido una vida sin pecado como hombre. Pero comenzaron a

surgir diferencias de opinión cuando ciertos Padres de la iglesia (mayormente los de la escuela de Alejandría) manifestaron la tendencia a poner énfasis en la divinidad de Cristo a expensas de su humanidad.¹ Del mismo modo, algunos fervientes teólogos (los de la escuela de Antioquía) pusieron el acento sobre su plena humanidad, con el temor de que los alejandrinos le estuvieran haciendo mucho daño al sig-

Herbert E. Douglass escribió este artículo cuando era vice presidente para el desarrollo editorial de la Pacific Press Publishing Association.

nificado del papel de Cristo como Salvador del hombre.² Al debatir, estas dos corrientes teológicas tendieron a recalcar sus respectivas posiciones.

Con el paso de los años, la corriente alejandrina llegó a ser la enseñanza predominante de la Iglesia Católica Romana,³ en primer lugar como resultado de la avasalladora influencia de la teología agustiniana: un sistema teológico que generalmente se basaba en presuposiciones neoplatónicas.⁴ El Jesús de la Edad Media, concebido inmaculadamente y tocado apenas por las tribulaciones de la humanidad, fue el resultado lógico de la combinación de las teologías alejandrina y agustiniana. Hasta no hace mucho la posición alejandrina dominaba también la cristología protestante.

Los problemas dentro de la Iglesia Cristiana comenzaron cuando algunos Padres de la iglesia pusieron énfasis en la divinidad de Cristo a expensas de su humanidad.

El Concilio de Calcedonia de la iglesia primitiva (451 DC), decretó que Jesús era *vere Deus* y *vere homo*: "verdadero Dios" y "verdadero hombre". Pero los concilios de la iglesia no respondieron plenamente algunas preguntas fundamentales acerca de la naturaleza de Cristo. De allí en adelante la gente ha tratado de proporcionar las respuestas, con resultados que han dependido de sus presuposiciones filosóficas. Si no se dispone de un punto de vista más elevado, sin algún principio bíblico trascendental o alguna autoridad profética posterior, las decisiones de los concilios están abiertas a diversas interpretaciones, que dependen de qué lado de la fórmula de Calcedonia se resuelve subrayar en ese momento.

Desgraciadamente, esta fórmula puso lado a lado dos contradicciones aparentemente irreconciliables, sin definir cómo podían existir en un bebé nacido de padres terrenales. Desde Calcedonia hemos aprendido que: 1) ambas verdades deben ser presentadas con igual énfasis; y 2) no se gana nada con tratar de conciliar dos contradicciones mutuamente excluyentes. Si ambas posiciones se fundamentan

en presuposiciones filosóficas, se distorsiona la verdad central del cristianismo, si es que no se la destruye. Y mientras tanto, la mayor parte de las otras doctrinas cristianas fundamentales sufren desviaciones.

Pero ¿qué más se podía haber hecho en Calcedonia? Ellos llegaron al límite mismo de la comprensión humana cuando trataron de descubrir *de qué manera* se unió la naturaleza de Dios con la del hombre. Y en cuanto comenzamos a preguntarnos *cómo*, meramente revivimos antiguas e infructíferas controversias. Y terminamos ya sea en un ebionismo liberal, que no quiso aceptar la divinidad de nuestro Señor como *vere Deus*, o en un docetismo inconsciente (llamado ortodoxia), que no quiso aceptar su humanidad como *vere homo* en el más pleno de los sentidos.

Cuando nos concentramos primera o únicamente en el carácter abstracto de las dos naturalezas y en lo que parecen ser imposibilidades desde el punto de vista de la lógica, toda "solución" implica dificultad para alguna otra persona. Por lo tanto, soteriológicamente hablando, no es ni conveniente ni apropiado llegar a la conclusión de que lo único que nos puede decir el acontecimiento medular del cristianismo es que enfrentamos una paradoja divina. Debemos avanzar más allá de la pregunta errónea.

El asunto fundamental

El problema de la salvación no consiste fundamentalmente en saber *cómo* llegó Dios a ser hombre, sino *por qué*. Cada vez que hemos tratado de contestar la primera pregunta sin formularnos primero la segunda, inconscientemente 1) hemos sido arrastrados por nuestras presuposiciones (tales como nuestras ideas acerca de la naturaleza del pecado); o 2) hemos caído en categorías griegas de pensamiento (es decir, hemos tratado de definir conceptos y palabras tales como *upóstasis*, *anupostasia*, *ousia* y *prósopon*); 3) hemos incurrido en asuntos para los cuales no hay revelación divina, y por eso mismo simplemente 4) hemos reavivado todas las inútiles controversias que han dividido a la iglesia por siglos.

No hay duda de que la Encarnación está rodeada de misterio. Pero dicho misterio tiene que ver con la manera *como* Dios y el hombre pudieron unirse, no con el *porqué*. Una aguda autora formuló la siguiente observación: "Nadie puede explicar el misterio de la encarnación de



Cristo. No obstante, sabemos que vino a esta tierra y que vivió como un hombre entre los hombres. El hombre Cristo Jesús no era el Señor Dios Todopoderoso; sin embargo Cristo y el Padre son uno".⁵

"La humanidad del Hijo de Dios es todo para nosotros. Es la cadena de oro que une nuestras almas con Cristo y por medio de Cristo con Dios. Este debe ser nuestro estudio".⁶

¿Por qué tantos que pretenden ser ortodoxos resisten la totalidad de las implicaciones de la expresión "verdadero hombre"? Psicológicamente, todos nosotros sentimos la necesidad de poner distancia entre Jesús y nosotros mismos. Sabemos quiénes somos. Conocemos nuestros pensamientos y nuestros fracasos. Por eso nos resulta sumamente difícil aceptar la idea de que Jesús poseía la misma carne y la misma sangre, los mismos genes afectados por las mismas leyes de la herencia que nos han afectado a todos nosotros. Algunos, en su afán de parecer fieles a los términos bíblicos, han llegado a sugerir que Él tomó "vicariamente"⁷ la carne humana debilitada. La idea de que Jesús comenzó a vivir cargando con las debilidades de sus antepasados humanos les choca a muchos como algo inapropiado, y hasta blasfemo.

Teológicamente definimos esta resistencia de otras maneras. Nos preguntamos: ¿Cómo pudo Jesús ser sin pecado sin estar separado de la infecta corriente de genes y cromosomas compartida por el resto de los hijos de Adán? O afirmamos: "Cristo no podría haber tenido la misma naturaleza que el hombre, pues si la hubiera tenido, habría caído bajo tentaciones similares".⁸ Como lo dijo John Knox: "¿Cómo nos habría salvado Cristo si no hubiera sido un hombre como nosotros? ¿Cómo podría haber-nos salvado un hombre como nosotros?"⁹

El asunto queda en *punto muerto* hasta que nos preguntamos *por qué* vino en la forma en que lo hizo. Si no encaramos esta pregunta correctamente, todo otro tema bíblico parece distorsionarse.

Asumimos que la verdadera humanidad de Jesús no disminuye su divinidad ni implica que tenía que ser pecador. Y además afirmamos que al considerar a Jesús como *verdaderamente hombre* no lo hacemos con el afán de irnos por las ramas ni como un acto de arrogancia espiritual. Por el contrario, al poner énfasis en este asunto podemos estar avanzando por la senda más segura para comprender la sencillez del plan de salvación.

Existen tres grupos entre los cuales no hay duda acerca de la divinidad de Jesús: 1) los que consideran que tomó la naturaleza del hombre caído, como todo hijo de Adán que viene a este mundo; 2) los que creen que tomó la naturaleza de Adán cuando aún no había caído y que por lo tanto estuvo exento de ciertas desventajas que comparten todos los demás hijos de Adán al nacer; y 3) los que consideran que estos asuntos no tienen relación alguna con el plan de salvación.

El problema de la salvación no consiste fundamentalmente en saber cómo llegó Dios a ser hombre, sino por qué.

Cada grupo llega a su conclusión acerca de la naturaleza de Jesús a causa de ciertas suposiciones (tal vez inconscientes). Estas determinan su comprensión de asuntos tales como la depravación humana, la teoría de la expiación y la justificación por la fe. Me parece que estos conceptos teológicos van a seguir siendo relativamente confusos hasta que comprendamos *por qué* vino Jesús a la tierra. Además, no vamos a entender estos conceptos ni la naturaleza de la humanidad de Cristo hasta que nos ubiquemos en el balcón del tema del gran conflicto que satura todo el mensaje de las Escrituras.¹⁰

¿Por qué Jesús, como todo bebé, tomó hace dos mil años la naturaleza de la humanidad caída y no la de Adán en su "inocencia del Edén"?¹¹ Si Jesús hubiera tomado la naturaleza que el hombre tenía antes de la caída, se habrían solucionado sólo unos pocos de los problemas que suscitó el gran conflicto. Vino: 1) a manifestar claramente el carácter de Dios el Padre (véase Juan 14: 9; Heb. 1: 3).¹² 2) Para acallar las falsedades de Satanás, tales como que Dios no amaba suficientemente al hombre como para ejercer abnegación y espíritu de sacrificio en su favor (véase Juan 3: 16). 3) Para manifestarse como el Sustituto del hombre, y su garantía, poniendo en evidencia lo que significan la justicia y el amor al vencer el pecado y sufrir sus consecuencias, cuando cumplió con la sanción que la justicia requería (véase Rom. 3: 25, 26).¹³ 4) A fin de manifes-

tarse como ejemplo para la humanidad al proporcionar al hombre y a la mujer caídos un modelo de obediencia (1 Ped. 2: 21, 22). De ese modo les proporcionó esperanza de que el mismo poder que lo capacitó a El para resistir el pecado les sería otorgado libremente, de manera que los que lo procuraran también pudieran obedecer las leyes de Dios (véase 1 Juan 3: 3; Apoc. 3: 21).¹⁴ 5) Para manifestarse como Maestro del hombre al definir claramente los principios del gobierno de Dios y el plan de redención (véase Juan 13: 13).¹⁵ 6) Y para manifestarse como el sumo sacerdote del hombre al afirmar su propia credibilidad y al probar su capacidad de convertir en vencedores a hombres y mujeres (Heb. 2: 17, 18; 4: 14-16).¹⁶

Eruditos que están de acuerdo

Esta interpretación está lejos de ser única. Muchos eruditos bíblicos han desafiado la opinión de los así llamados ortodoxos, de que Cristo de alguna manera tomó la naturaleza que tenía Adán antes de caer en lugar de la condición humana heredada por todo otro hijo de Adán. Entre ellos se encuentran Edward Irving, Thomas Erskine, Herman Kohlbrugge, Eduard Bohl, Karl Barth, T. F. Torrance, Nels Ferre, C. E. B. Cranfield, Harold Roberts, Lesslie Newbigin, E. Stauffer, Anders Nygren, C. K. Barret y Eric Baker.¹⁷

Una persona que ha nacido con carne pecaminosa no necesariamente tiene que ser pecadora.

Wolfhart Pannenberg escribió en 1964: "El concepto de que en la Encarnación Dios no asumió la naturaleza humana en su condición corrupta y pecaminosa, sino sólo se unió con una humanidad totalmente purificada de todo pecado, contradice no solamente el carácter antropológicamente radical del pecado, sino también el testimonio del Nuevo Testamento y de la teología de los primeros cristianos, en el sentido de que el Hijo de Dios asumió carne pecaminosa y en esa carne pecaminosa venció el pecado".¹⁸

Ninguno de estos hombres creía que Cristo haya pecado ni en pensamiento ni en acción, o

que por haber tomado naturaleza carnal caída y pecaminosa hubiera tenido necesidad de un Salvador. En términos generales, la expresión *carne pecaminosa* se refiere a la condición humana en todos sus aspectos como consecuencia de la caída de Adán y Eva. Esa naturaleza es susceptible a la tentación de dentro y de afuera. Contrariamente a lo que enseña el dualismo griego que al principio invadió muchísimo al cristianismo ortodoxo, la carne no es mala ni peca por sí misma. Aunque la carne es amoral, proporciona los medios, la ocasión y el lugar para el pecado si la voluntad humana no está constantemente auxiliada por el Espíritu Santo. Pero una persona que ha nacido con carne pecaminosa no necesariamente tiene que ser pecadora.¹⁹

Con frecuencia se ha hecho la observación de que el Nuevo Testamento presenta un entendimiento muy sencillo y directo de que Jesús era hombre en el más amplio sentido de la palabra.²⁰ Es verdad que los escritores del Nuevo Testamento lo recordaban como Alguien que poseía mucho más que naturaleza humana: se refirieron con reverencia a El como Dios hecho hombre. Pero su testimonio de Jesús no sugiere que creyeran que El disponía de ventajas físicas, emocionales y morales que estuvieran fuera del alcance de sus contemporáneos.

En el día de Pentecostés Pedro simplemente se refirió a El en estos términos: "Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de El" (Hech. 2: 22). Y Pablo dice que Jesucristo "fue nacido de la simiente de David según la carne" (Rom. 1: 3).

El apoyo del Nuevo Testamento

En ninguna parte del Nuevo Testamento encontramos la más mínima insinuación de que Jesús visitó la tierra revestido de una especie de traje espacial celestial que lo aislaba de los riesgos inherentes a un mundo saturado de pecado. Examinemos algunas de las referencias del Nuevo Testamento a la humanidad de nuestro Señor para ver si encuentra apoyo esta observación.

A. *El nacimiento virginal* (Mat. 1: 16, 18-25; Luc. 1: 26-38; 3: 23). El hecho de que uno de sus padres humanos estuviera orgánicamente implicado en el nacimiento de Jesús, es suficiente para indicarnos que era deudor a la herencia humana. Sugerir que nació libre de los aspectos negativos de la herencia equivale a

recorrer la misma senda descendente que inició el catolicismo romano cuando confundió el pecado con la materia. Después de esta confusión, la doctrina de la Inmaculada Concepción llegó a ser una necesidad teológica. A su vez, esa doctrina condujo a la suposición de que Cristo asumió la naturaleza que tenía el hombre antes de su caída.

No hay evidencia bíblica que sugiera que la corriente de la herencia humana se interrumpió entre María y Jesús. El peso de la evidencia descansa sobre los que creen 1) que no hubo interrupción física en la corriente hereditaria entre María y Jesús; y 2) que gracias a una aislación especial El fue "exento" (un término familiar en la teología católica romana) de la plenitud de los riesgos de la naturaleza humana caída.²¹

Algunos se refieren a Lucas 1: 35 como si este texto indicara en forma concluyente que Cristo tenía una naturaleza como la del hombre antes de su caída. Pero Lucas no está refiriéndose a la naturaleza humana de nuestro Señor. Sólo declara que el carácter santo de Cristo siempre lo distinguiría como nuestro inmaculado Salvador.

B. *El Hijo del hombre* (Mat. 8: 20; 24: 27; y otros). En esta descripción que Jesús hace de sí mismo, declara su identificación y su solidaridad con la humanidad. El segundo Adán no es el producto de una creación especial o una reproducción clónica del primero: es uno de sus descendientes hereditarios, nacido de mujer. Sólo al asumir la misma naturaleza caída, herencia común de aquellos que vino a salvar, podía ser verdaderamente el Hijo del hombre.

C. *La analogía entre Adán y Cristo* (Rom. 5; 1 Cor. 15). La analogía que existe entre el primero y el segundo Adán parece ser uno de los significativos motivos teológicos de Pablo. Esta analogía a menudo se considera la contrapartida de Pablo a la identificación que el Señor hace de sí mismo como Hijo del hombre. En resumen, parece sugerir en forma sumamente definida la solidaridad y la identificación tanto de Adán como de Jesús con la especie humana. En Adán tenemos la cabeza de una humanidad pecadora, y en Jesús la cabeza del grupo de los vencedores, de la humanidad que logra la victoria sobre toda tentación.²²

Muchos consideran que Romanos 5: 12 es una evidencia de que los hombres y las mujeres nacen pecadores, pero ése no es el argumento de Pablo. Sólo se está refiriendo a un hecho evidente: la corriente de la muerte comenzó con Adán. Pero todos los descendien-

tes de Adán mueren, "por cuanto todos pecaron".

Todos los hombres y mujeres están "en Adán" por medio del nacimiento natural, pero sólo los que lo deciden pueden estar "en Cristo", el segundo Adán. Nuestro Señor ha invitado a todos a estar "en Cristo", y sólo los que rechacen su invitación se perderán finalmente.

En ninguna parte del Nuevo Testamento encontramos la más mínima insinuación de que Jesús visitó la tierra revestido de una especie de traje espacial celestial que lo aislaba de los riesgos inherentes a un mundo saturado de pecado.

La suposición de que Jesús tomó la naturaleza de Adán previa a la caída, destruye la fuerza del paralelismo de Pablo y su principio de solidaridad. La analogía que establece Pablo entre Adán y Cristo cobra importancia para la humanidad y para el gran conflicto sólo si Jesús se incorporó en el seno de la humanidad caída, sólo si hizo frente al pecado en el terreno donde los hombres se encuentran, "en Adán", y si vencía toda tentación a servirse a sí mismo, ya sea que éstas provinieran de afuera o de adentro. Jesús tenía la intención de que los que estuvieran en El se unieran en un cuerpo como resultado de su obra salvadora. Pero para lograr esto El tenía que unirse corporalmente con la humanidad en su condición caída.²³

D. *Cómo usa Pablo la palabra sárx* ("carne"). Pablo usa la palabra griega *sárx* de diversas maneras,²⁴ entre ellas 1) el significado común de la palabra "carne" como algo físico, material (1 Cor. 15: 39; 2 Cor. 12: 7; Col. 2: 1); 2) en forma metafórica, para expresar la diferencia que existe entre la humanidad y Dios (1 Cor. 15: 50; compare con Efe. 6: 12) o con referencia a la naturaleza humana o terrenal (Rom. 1: 3; 4: 1; 8: 3); y 3) como sinónimo de *pecado* (caps. 6: 19; 7: 18; 8: 4).

Pablo se aparta del dualismo helénico y no le adjudica a *sárx* una maldad o una pecamino-

sidad intrínsecas. Aunque *sárx* es neutral desde el punto de vista moral, Pablo enseña que proporciona el asiento y el material en los cuales el mal puede actuar. Es el lugar donde se expresa la complacencia propia. Los cristianos, aunque están viviendo en la carne (*sárx*) física, no deberían permitir que el pecado reinara en su *sárx* (carne); el Espíritu le proporciona poder al creyente consagrado que resuelve dominar los deseos que surgen naturalmente de la *sárx* (véase el cap. 8: 3-9).

Jesús derrotó a Satanás en ese territorio donde el pecado se había atrincherado. Nunca más, nadie, en ninguna parte del universo, pudo dudar de la equidad de las leyes de Dios.

A veces Pablo usa *sárx* como sinónimo de *pecado*. Y su doctrina del pecado es tan honda como es elevada su doctrina de la creación. Pero siempre considera el pecado como algo personal, una relación individual interrumpida o el acto de una persona responsable (por ejemplo, Sant. 4: 17). Los resultados del pecado —una naturaleza humana caída— son dados a todo hombre y mujer al nacer. Pero a nadie se lo considera personalmente culpable o responsable de esta condición humana caída (*sárx*).

E. "En semejanza de carne de pecado" (Rom. 8: 3). Aquí descubrimos que Pablo emplea las palabras con muchísimo cuidado. Establece con claridad la perfección inmaculada de Jesús. Pero también pone énfasis en el hecho de que nuestro Señor venció en la misma carne pecaminosa (*sárx*) que todos los hombres y mujeres han heredado a partir de Adán. El mensaje de Pablo es: Jesús permaneció sin pecado en el mismo terreno donde éste había vencido a todos los seres humanos. Al hacerlo, puso de manifiesto la naturaleza y la vulnerabilidad del pecado.

Anders Nygren comenta: "Puesto que estuvo en el mismísimo reino del pecado, el Hijo pudo juzgar, vencer y privar de su poder al pecado. Por lo tanto, es importante que para Cristo se trata de 'carne de pecado', de *sárx amartías*.

"La naturaleza carnal de Cristo no era irreal, sino un hecho sencillo y tangible. Participó de todas nuestras circunstancias. Se encontraba sometido a los mismos poderes destructivos. 'De la carne' surgieron para El las mismas tentaciones que para nosotros. Pero en todas esas situaciones fue el Amo del pecado".²⁵

Karl Barth añade que la perfecta obediencia de Cristo en nuestra naturaleza caída significa que "la comisión del pecado como tal no es un atributo de la verdadera existencia humana como tal, ya sea desde el punto de vista de su creación por Dios, o por el hecho de que es carne como consecuencia de la caída".²⁶

"En todo" (Heb. 2: 17) El era "en semejanza de carne de pecado", con la excepción de que no pecó. ¿De qué manera podía ser condenado el pecado? ¿Cómo podría haber dicho Pablo con más claridad que el hecho de poseer "carne de pecado" no convierte necesariamente en pecadora a una persona? Jesús derrotó a Satanás en ese territorio donde el pecado se había atrincherado: Nunca más nadie, en ninguna parte del universo, pudo dudar de la equidad de las leyes de Dios, ni de la eficacia de la gracia capacitadora, ni de la obediencia, fruto de la fe.

Es posible que C. E. B. Cranfield, profesor de teología de la Universidad de Durham, sea quien lo haya dicho mejor. Después de tomar en consideración todas las interpretaciones posibles de Romanos 8: 1-4, escribió:

"Por *sárx amartías* Pablo quería decir 'carne de pecado', es decir, la naturaleza humana caída. Pero, ¿por qué dijo *en omoiómati sarkós amartías* ('en semejanza de carne de pecado') en lugar de decir simplemente *en sarkí amartías* ('en carne de pecado')?"²⁷

Cranfield resume cinco respuestas que se han sugerido: 1) Pablo no se quiso referir a la naturaleza humana de Cristo. 2) Quiso evitar la implicancia de que Jesús había asumido naturaleza humana caída. Jesús realmente tomó la carne, pero sólo era semejante y no idéntica a la nuestra. 3) Pablo usó la palabra *omóioima* para indicar que Jesús tomó nuestra naturaleza humana caída, pero sólo a semejanza de la nuestra porque ésta es realmente culpable de pecado, y El jamás pecó. 4) *Omóioima* aquí significa "forma" más que solamente "semejanza". 5) *Omóioima* aquí "tiene el sentido de 'semejanza'; pero la intención de ninguna manera consiste en poner en tela de juicio... la realidad de la *sárx amartías* de Cristo, sino llamar la atención al hecho de que, mientras el Hijo de Dios realmente asumió *sárx amartías*,

nunca llegó a ser sólo *sárx amartias*, ni siquiera sólo *sárx amartias* impregnada del Espíritu Santo (como se podría decir que son los cristianos), sino que siempre siguió siendo El mismo" (véase Fil. 2: 7).²⁸

En cuanto al primer punto, Cranfield llama la atención al hecho de que da a la frase un sentido docético, inconsistente con el pensamiento de Pablo. Y está contradicho en ese mismo versículo (Rom. 8: 3) por *té sarkí*. Objeta la respuesta tradicional (la número 2) al decir que "está a merced de la objeción teológica general de que no fue una naturaleza humana inmaculada, sino caída, la que necesitaba redención".²⁹ Con respecto al número 3, señala el hecho de que *omóiomá* tiene que ver con la naturaleza en discusión y no con el problema del pecado. "La diferencia entre el hecho de que Cristo estaba libre de pecado y nuestra pecaminosidad no tiene que ver con el carácter de su naturaleza humana (que no sería igual que la nuestra), sino con lo que El hizo con esa naturaleza humana".³⁰ En cuanto al número 4, comenta que si Pablo quiso decir eso, es difícil entender por qué no dijo simplemente *en sarkí amartias*.

Cranfield dice: "Llegamos a la conclusión de que... [5] debe ser aceptada como la explicación más probable del uso que hace Pablo de la palabra *omóiomá* aquí, y comprender que el pensamiento sería que el Hijo de Dios asumió la mismísima naturaleza humana caída que es la nuestra, pero que en su caso esa naturaleza humana caída nunca fue la totalidad de su Persona, puesto que El nunca dejó de ser el eterno Hijo de Dios".³¹

Como Nygren y Barth, Cranfield considera que este pasaje pone el acento donde se produjo el conflicto. La "condenación" del pecado por parte de Dios "ocurrió en la carne, es decir, en la carne de Cristo, en la naturaleza humana de Cristo. . . Si reconocemos que Pablo creía que el Hijo de Dios asumió la naturaleza humana caída, probablemente nos vamos a sentir inclinados a ver aquí también una referencia a la lucha continua de toda su vida terrenal por medio de la cual obligó a nuestra naturaleza rebelde a prestar una obediencia perfecta a Dios".³²

En una nota de pie de página dice: "Los que creen que El asumió naturaleza humana caída tienen más motivos que los autores del Catecismo de Heidelberg para ver en toda la vida de Cristo en la tierra un significado redentor; porque desde este punto de vista, la vida de Cristo antes de que comenzara realmente

su ministerio y se produjera su muerte, no consistió simplemente en permanecer donde había estado el Adán no caído, sin ceder a la tentación ante la cual había sucumbido Adán, sino más bien partir desde donde nosotros estamos, sometidos a todas las malignas presiones que hemos heredado, y basándose en el material totalmente defectuoso e inadecuado de nuestra naturaleza corrompida, producir una obediencia perfecta y sin pecado".³³

F. *La solidaridad del sumo sacerdote con la humanidad (Hebreos)*. Una de las principales líneas de argumentación de Hebreos es que la eficacia del sumo sacerdote depende de cuán íntima sea su identificación con aquellos por quienes intercede. Jesús es un perfecto sumo sacerdote como consecuencia de su real identificación con los problemas del hombre, ya sean del espíritu (tentaciones) o del cuerpo (privaciones y muerte).

Jesús se identificó completamente con los hombres y las mujeres en las desventajas inherentes que los seres humanos recibimos al nacer.

1. *Hebreos 2: 11*: "Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos". Con propósitos definidamente soteriológicos, Jesús y sus semejantes, los seres humanos, tenían una herencia humana común. (Esto está claramente establecido en el versículo 14.)

2. *Hebreos 2: 14*: "Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, el también participó *de lo mismo*". Pablo es más explícito aquí y proporciona el contexto adecuado para todo el capítulo. Para que Jesús fuera verdaderamente el Salvador del hombre y un Sumo Sacerdote eficaz, tenía que participar de las terribles circunstancias del hombre; tenía que entrar en el territorio ocupado por el enemigo, es a saber, la naturaleza humana carnal compartida por todos los descendientes del caído Adán.

3. *Hebreos 2: 16-18*: "Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abrahán. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote

en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”.

Aquí la persona y la obra de Cristo se unen en una declaración impresionante. Todos los riesgos inherentes a la adopción de la naturaleza humana caída están reconocidos en este capítulo, pero en ningún lugar más claramente que en estos versículos. El ineludible mensaje de Pablo parece ser que Jesús se identificó completamente con los hombres y las mujeres pecadores en las desventajas inherentes al equipo –por así decirlo– que los seres humanos recibimos al nacer.

A Jesús se lo llama “autor de la salvación” de los hombres, hecho perfecto “por aflicciones” (vers. 10). Fue el primero que desde el nacimiento hasta la muerte quebrantó el poder del pecado, y abrió una senda que todos podemos recorrer. Disipó toda sutil tentación a hacer las cosas a su manera en lugar de hacerlas a la de Dios. Surgió triunfante en el mismo terreno donde habían caído sus semejantes humanos, mediante el empleo de las mismas armas y no de otra, que están a la disposición de todo hombre y toda mujer caídos.

Cristo surgió triunfante en el mismo terreno donde habían caído los seres humanos, mediante el empleo de las mismas armas que están a disposición de los seres humanos caídos.

En su significado más obvio e inmediato, los versículos 16 al 18 parecen decir que Cristo tomó la naturaleza humana común a todos nuestros semejantes después de la caída.

4. *Hebreos 4: 15*: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”. Jesús experimentó toda la fuerza de la tentación porque nunca sucumbió a ella. Los que ceden demasiado pronto nunca experimentan la opresión de espíritu provocada por el pleno tironeo de la oportunidad de conseguir satisfacción propia. Desde el punto de vista de la teología del

gran conflicto, este texto sugiere definitivamente que puesto que Jesús no pecó, nadie debe pecar. Nuestro Sumo Sacerdote fue “hecho en todo semejante a sus hermanos”, fue “tentado en todo según nuestra semejanza”, pero no pecó. “Acerquémonos, pues, confiadamente” (vers. 16) es una maravillosa, intensamente coherente y correcta concatenación de pensamientos. Qué más podría decirse en lenguaje humano para comprender plenamente el argumento de Pablo: Jesús obtuvo la victoria a pesar de que corría los mismos riesgos y tenía las mismas desventajas comunes a todos los seres humanos; por lo tanto, los hombres y las mujeres también pueden alcanzar la victoria al disponer del mismo auxilio del que El dependió si ellos también se “acercan” al Señor cuando lo necesitan.

Cuando Pablo se refiere a las tentaciones de nuestro Señor, emplea un lenguaje sencillo para que lo comprendamos fácilmente. Cualquiera sea la naturaleza de las tentaciones comunes a los seres humanos, ya sea que surjan de adentro (como la envidia, la obstinación, el orgullo, la complacencia propia) o que provengan del exterior (tales como las insinuaciones directas de Satanás, u objetos que alimentan nuestros deseos impuros), Jesús las experimentó. Tenía la facultad de decidir y la herencia que la debilita y la desvía. Tenía tal naturaleza que las tentaciones comunes a los seres humanos podían encontrar asidero en El. Pero en Jesús el mal no encontró respuesta. En un solo sentido Jesús no fue “tentado como nosotros”: nunca tuvo que luchar con una fuerza de voluntad debilitada por sus propias decisiones previas a pecar.

Pablo no apoya ideas tales como que 1) Jesús estaba exento de los clamores de la naturaleza humana caída; o que 2) nunca lo arriesgó todo; o que 3) nunca realmente libró la batalla de la fe como tienen que hacerlo todos los hijos e hijas de Adán. A pesar de su inherente debilidad humana, Jesús no pecó: ésta es una parte sustancial de las sencillas buenas nuevas de Pablo.

5. *Hebreos 5: 7-9*: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen”.

Los seguidores de Jesús aparentemente lo recordaban como un hombre semejante a ellos,

excepto que no podían encontrar falla en El (2 Cor. 5: 21; 1 Ped. 1: 19; 2: 22; Heb. 4: 15; 9: 14). Fue conocido como un hombre que irradiaba un valor desusado, integridad, libertad personal bajo toda clase de presiones, y que lograba la victoria constantemente, en toda circunstancia.

Pero el Nuevo Testamento no nos da indicación alguna en el sentido de que sus seguidores alguna vez consideraran que este Hombre notable no pudiera pecar. No sugiere que El poseyera ventajas especiales o que todas sus maravillosas características morales hubieran sido predeterminadas en algún otro mundo. Sus discípulos comieron y durmieron con El; escucharon sus más íntimas oraciones y escucharon sus comentarios más confidenciales acerca de circunstancias y gente, tanto en los buenos tiempos como en los malos. Sabían que el consejo que les estaba dando era el que El mismo estaba practicando.

Sus seguidores tenían toda la razón del mundo para creer que la bondad de Cristo era el resultado de sus diarias luchas con las mismas tentaciones que ellos tenían que enfrentar. Pablo no pudo decirlo en forma más clara: "Por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado. . ." En otras palabras, su desarrollo moral era un ejemplo de cómo todos los hombres y las mujeres pueden desarrollar un carácter semejante al suyo: Serán perfeccionados al aprender a obedecer en medio de decisiones difíciles. Deben decidir hacer la voluntad de Dios y rechazar las atracciones de las tentaciones, ya sea que provengan de adentro o de afuera.

Barth escribió claramente acerca de las tentaciones y luchas internas que Jesús tuvo que enfrentar: "El Nuevo Testamento ha tratado al *vere homo* tan seriamente que ha descrito la obediencia de Jesús de principio a fin como una genuina lucha para obedecer, como una búsqueda y un descubrimiento. En Lucas 2: 40 se nos dice que 'crecía y se fortalecía', y en Lucas 2: 52 nos habla de un *prokóptein* (literalmente traducido, estirar a golpes, así como el herrero estira el metal con su martillo. . .) de la sabiduría de Jesús, y de su estatura, y de su favor para con Dios y los hombres. Por otra parte el relato de la tentación (Mat. 4: 1 y siguientes) obviamente describe algo diametralmente opuesto a una batalla fingida, y sería erróneo concebirla meramente como la 'molestia eterna de Satanás', o rechazarla como una 'tentación y tribulación internas' de Jesús. Al *vere homo* también le corresponde lo

que llamamos la naturaleza interna del hombre.³⁴

Tal como lo declaró un erudito moderno: "Difícilmente es este un cuadro [Heb. 5: 7-9] que podrían haber inventado los cristianos primitivos: es más probable que hubieran creado un cuadro de muy fácil superioridad frente a todas las debilidades humanas, como los encontramos más tarde. . . De cualquier manera, su valor reside en que nos proporciona la evidencia más poderosa de que a Jesús se lo recordaba como un hombre con pasiones semejantes a las nuestras y que tuvo que lograr la victoria en la misma forma como todos los demás".³⁵

A pesar de su inherente debilidad humana, Jesús no pecó; esta es una parte sustancial de las sencillas buenas nuevas de Pablo.

En Hebreos 5 Pablo se refiere al "clamor" y las "lágrimas" de Cristo, y al hecho de que "aprendió la obediencia". Sólo tenemos que revisar los textos que nos hablan de la voluntad personal de Cristo y de cómo tuvo que usarla: deliberada y tal vez penosamente, para comprender la referencia de Pablo. A veces Jesús tenía que luchar para subordinar su voluntad a la de su Padre. Por eso llega a ser tan importante para nosotros, y por eso llega a ser realmente nuestro Salvador y nuestro Ejemplo.

Los "peros" de la experiencia del Getsemaní (Mat. 26: 39; Mar. 14: 36; Luc. 22: 42), por ejemplo, *no son* parte de una pieza de teatro. Jesús podría haberse apartado de la cruz y haber resistido la voluntad de su Padre. Podría haber pecado. Pero cuando tuvo que tomar su decisión, no falló. "Pero no su haga mi voluntad, sino la tuya" (Luc. 22: 42).

Las Escrituras nos dicen que Jesús fue "perfeccionado" durante los 33 años que pasó en la tierra. Tal vez no se haya prestado suficiente atención a esta importante información bíblica en cuanto a cómo se desarrolló El. Jesús puso énfasis en la plenitud de su humanidad cuando recordó a sus oyentes: "No puedo hacer yo nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Juan 5: 30). "Porque he descendido del cielo,

no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (6: 38). Pablo más tarde recapituló la experiencia de Cristo como la de Alguien que tuvo que elegir entre su voluntad y la de su Padre: "Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo" (no quiso hacer su voluntad) (Rom. 15: 3).

Sebastián Moore lo resumió muy bien así: "Si usted nunca vio a Jesús con el ojo de la mente mientras enfrentaba ineludibles opciones en el campo de lo político, lo social y de la integridad personal, entonces usted es doctista. Su Cristo nunca existió. Es una marioneta en una teológica comedia de titeres".³⁶

El libro de Hebreos pone énfasis constantemente en el hecho de que Jesús es nuestro perfecto Sumo Sacerdote y sacrificio *porque* estuvo en el mismo escenario de la lucha donde tienen que estar los hijos de Adán. Subraya el hecho de que desempeña estos dos papeles porque enfrentó cada tentación común a los pecadores, experimentó todas las necesidades del hombre desamparado, todo ello sin capitular ante el pecado.

El desarrollo moral de Cristo era un ejemplo de cómo todos los hombres y las mujeres pueden desarrollar un carácter semejante al suyo: Serán perfeccionados al aprender a obedecer en medio de decisiones difíciles.

Con el fin de explicar adecuadamente cómo se podía hacer una perfecta expiación, Hebreos parece requerir obviamente no una naturaleza del Hijo de Dios semejante a la del hombre antes de la caída, sino después de ella. Jesús tenía que ser uno con el hombre en todo sentido desde el punto de vista de *los elementos* de que dispone el hombre (el principio de solidaridad), pero no es uno con él en cuanto al pecado, es decir, desde el punto de vista de la *realización* humana (el principio de la disimilitud).

Estos dos principios describen una sencilla realidad: no constituyen una paradoja, como si dos verdades irreconciliables se mantuvieran en tensión. Estos dos principios que se apoyan

mutuamente hicieron de Jesús el hecho divino que constituye el fundamento de todo el resto de las buenas nuevas. En ocasión de la encarnación el Salvador se hizo hombre en todo sentido; estaba asediado por todas las desventajas humanas. Demostró ante el universo que los hijos e hijas de Adán, por medio de su gracia, pueden guardar la ley de Dios y comprobar que Satanás está equivocado.³⁷ Al tomar la naturaleza del hombre en la condición en que ésta se encontraba cuando se encarnó, Jesús franqueó el abismo que existe entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre. Al hacerlo, se convirtió en una escalera que está sólidamente afirmada en el cielo y a la vez está plantada de la misma manera en la tierra; una escalera en la que los hombres y las mujeres pueden confiar.³⁸

Barth traza la conexión

Karl Barth trazó con rasgos rápidos y nitidos la indisoluble conexión que existe entre la humanidad de Jesús y la salvación del hombre. "La carne (*sárx*) es la forma concreta de la naturaleza humana marcada por la caída de Adán. . . El Verbo no es solamente la eterna Palabra de Dios, sino 'carne' también, es decir, todo lo que somos y exactamente como nosotros aun en nuestra oposición a El. Por causa de esto establece contacto con nosotros y es accesible a nosotros. De esta manera, y sólo de esta manera es la revelación de Dios a nosotros. No sería revelación si no fuera hombre. Y no sería hombre si no fuera 'carne' en este sentido definido. . .

"No fué un hombre pecador. Pero interna y externamente su situación era la de un hombre pecador. No hizo nada de lo que hizo Adán. Pero vivió la vida en la forma que éste debe tomar sobre la base y la presunción del acto de Adán. Cargó inocentemente con lo que Adán, y todos nosotros en Adán, hemos llevado de culpabilidad".³⁹

"No se debería debilitar ni oscurecer la *verdad salvadora* de que la naturaleza que Dios asumió en Cristo es idéntica a nuestra naturaleza tal como la vemos a la luz de la caída. De otro modo, ¿cómo podría Cristo ser realmente como nosotros? ¿Qué tendríamos que ver con El? Comparecemos delante de Dios con todas las marcas de la caída. El Hijo de Dios no sólo asumió nuestra naturaleza, sino que participó concretamente de nuestra naturaleza, en la cual comparecemos delante de Dios como condenados y perdidos. No pro-

dujo ni estableció una naturaleza diferente de la de todos nosotros; aunque era inocente, se hizo culpable; aunque era sin pecado, se hizo pecado por nosotros. Pero todo esto no debería inducirnos a rechazar su total solidaridad con nosotros y de esa manera poner distancia entre El y nosotros".⁴⁰

"El argumento es que, frente a Dios, Jesús no huyó del estado y la situación del hombre caído, sino que los asumió, los vivió y los llevó sobre sí mismo como el eterno Hijo de Dios. ¿Cómo podría haberlo hecho si en su existencia humana no hubiera estado expuesto a verdaderas tentaciones y pruebas internas, si como los otros hombres no hubiera transitado una senda interior, si no hubiera clamado a Dios ni hubiera luchado con Dios como consecuencia de verdaderas necesidades internas? En esta lucha, que libró solidariamente con nosotros hasta lo sumo, hizo lo que nosotros no hemos hecho: la voluntad de Dios".⁴¹

Al comentar la posición de Barth, John Thompson, director adjunto de *Biblical Theology* y profesor de teología sistemática del Colegio Presbiteriano, Queen's University, Belfast, Irlanda del Norte, pregunta: "La suposición de que Cristo tenía naturaleza caída, ¿implica que era pecador? ¿Cuál es el testimonio de la Biblia? Hay muy pocas dudas de que en este sentido Menken, Irving, Barth y otros están en lo correcto no obstante el peso abrumador de la tradición eclesiástica y de la exégesis. Los pasajes citados por Barth como testimonio de su opinión (véase *Church Dogmatics*, tomo 1, punto 2, pág. 152, cita Rom. 8: 3; 2 Cor. 5: 21; Gál. 3: 13; Mat. 27: 38; etc.) se pueden interpretar con mucho más facilidad de esta manera que de la otra. También hay un claro testimonio en el Nuevo Testamento con respecto a la impecabilidad de Jesús. Estas dos características, aunque lógicamente difíciles de reconciliar, son no obstante claramente discernibles, y nos señalan el misterio, la paradoja y el significado de la encarnación".⁴²

Hasta el tercer cuarto del siglo XX los voceros adventistas consistentemente presentaron a Jesús como Alguien que tomó nuestra naturaleza caída. Como muchos otros eruditos no adventistas, se habrían sentido consternados ante la conclusión de que creer que Jesús tomó naturaleza humana caída ¡equivalía a creer que por esa misma razón era pecador!⁴³ O que El necesitara de un Salvador. Esas suposiciones no tienen valor alguno. De ninguna manera se manifestó en Jesús la menor mancha de pecado, porque nunca pecó. Nunca tuvo "inclinación

al mal"⁴⁴ porque nunca pecó. Sin duda alguna el Señor experimentó tentaciones genuinas, anhelos verdaderos de satisfacer deseos legítimos en forma egoísta, con todas las posibilidades de sucumbir ante ellos. Pero "ni por un instante"⁴⁵ permitió Jesús que las tentaciones concibieran y dieran nacimiento al pecado. El también libró duras batallas contra el yo, y contra tendencias hereditarias potencialmente pecaminosas, pero jamás permitió que una determinada inclinación se convirtiera en pecaminosa⁴⁶ (véase Santiago 1: 14, 15). Siguió diciendo *no* cuando todos los demás seres humanos habían dicho sí.

Con el fin de explicar adecuadamente cómo se podía hacer una perfecta expiación, Hebreos parece requerir obviamente una naturaleza del Hijo de Dios no semejante a la del hombre antes de la caída, sino después de ella.

Terminamos donde empezamos, formulando de nuevo la primera pregunta que debería conducir todos los estudios relativos a la humanidad de Jesús: ¿Por qué vino Jesús a la tierra? Como lo verificamos antes, vino para acallar las falsas representaciones y acusaciones de Satanás, y para desempeñar el papel de sustituto, seguridad y ejemplo del hombre caído. *La razón que tuvo para venir determinó la forma en que vino*: si así no hubiera sido, su venida no habría cumplido su propósito. Triunfó gloriosamente sobre el mal; llegó a ser el sustituto adecuado, el pionero, el modelo de la humanidad. Y llevó a cabo todo esto en las peores circunstancias, sin ningún privilegio, con la misma herencia que comparten los hombres y las mujeres que vino a salvar. Desde el punto de vista de los puntos básicos del gran conflicto, su victoria adquiere una perspectiva maravillosa y eterna. Y sin duda alguna esto constituye excelentes buenas nuevas para un universo saturado de los amargos frutos del pecado e hipnotizado con las interminables tergiversaciones acerca del carácter de Dios y de lo que El espera de sus hijos creyentes. ■

¹ J. F. Bethune-Baker, *An Introduction to the Early History of Christian Doctrine* (Londres, Methuen y Co. Ltda., 1957), págs. 255 y siguientes; Arthur C. McGiffert, *A History of Christian Thought* (Nueva York, Charles Scribner & Sons, 1932), págs. 276-290; John A. T. Robinson, *The Human Face of God* (Filadelfia, Westminster Press, 1973), págs. 39, 40, 101-110, 196 y siguientes, véase también "Alexandrian Theology" y "Cyril" en J. D. Douglas, editor, *The New International Dictionary of the Christian Church* (Grand Rapids, Zondervan, 1978), págs. 26, 277, 278. ² Douglas, *ibid.* Véase también "Antiochene Theology", pág. 49, y "Theodore of Mopsuestia", págs. 964, 965. ³ Kenneth S. Latourette, *A History of Christianity* (Nueva York, Harper & Brothers, 1953), págs. 172, 173. ⁴ *Ibid.*, págs. 173, 174. Véase también Robinson, *op. cit.*, pág. 110; Hubert Cunliffe-Jones, editor, *A History of Christian Doctrine* (Filadelfia, Imprenta Fortress, 1980), pág. 122. ⁵ Comentarios de Elena G. de White, en *The SDA Bible Commentary* (Washington, D.C., Review and Herald Pub. Assn., 1980), t. 5, pág. 1129. ⁶ E. G. de White, en *The Youth's Instructor*, 13 de octubre de 1898. ⁷ *Questions on Doctrine* (Washington, D.C., Review and Herald Pub. Assn., 1957), págs. 59, 60. ⁸ Véase la crítica que Elena G. de White hace a este argumento en *Mensajes selectos* (Mountain View, California, Publicaciones Interamericanas, 1966), t. 1, pág. 477. ⁹ John Knox, *The Humanity and Divinity of Christ* (Nueva York, Cambridge University Press, 1967), pág. 52, citado por Robinson, *op. cit.*, pág. 89. Robinson declara aquí que Knox "presenta la última opción de la cristología de esta manera: 'Podemos creer que Jesús no era realmente un hombre normal, un hombre como nosotros, y que pudo ser el Salvador sólo porque no lo era; o podemos creer que era realmente un hombre normal —además de ser el hombre especial que era— y que pudo llegar a ser nuestro Salvador precisamente porque lo era'" (pág. 88). ¹⁰ Véase Elena G. de White, *La educación* (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana), págs. 185, 121. *Signs of the Times*, 1 de diciembre de 1890. ¹¹ E. G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana), pág. 32. ¹² E. G. de White, *Signs of the Times*, 20 de enero de 1890. ¹³ E. G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, pág. 637. ¹⁴ E. G. de White, *Selected Messages* t. 3, pág. 135; *Signs of the Times*, 22 de diciembre de 1887; 18 de julio de 1878, véase también *Selected Messages*, t. 3, págs. 136-141. ¹⁵ E. G. de White, *God's Amazing Grace* (Washington, D.C., Review and Herald Pub. Assn., 1973), pág. 141; véase también *La educación*, pág. 73. ¹⁶ E. G. de White, *Patriarcas y Profetas* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association), pág. 49. ¹⁷ Véase los estudios hechos por Harry Johnson, *The Humanity of the Saviour* (Londres, The Epworth Press, 1962), págs. 129-189; Karl Barth, *Church Dogmatics* (Nueva York, Charles Scribner & Sons, 1956), t. 1, parte 2, págs. 155 y siguientes; D. M. Baillie, *God Was in Christ* (Londres, Faber and Faber Ltd., 1961), págs. 16-20. ¹⁸ L. L. Wilkins y D. Priebe, traductores, *Jesus — God and Man* (Londres, S. C. M. Press, Ltd., 1968), pág. 362. ¹⁹ Véase Johnson, *op. cit.*, págs. 24, 25. ²⁰ Véase Robinson, *op. cit.*, págs. 36, 37. ²¹ Véase Johnson, *op. cit.*, págs. 40-45. ²² White, *God's Amazing Grace*, pág. 141; E. G. de White, en *The SDA Bible Commentary*, t. 6, pág. 1092. ²³ *Ibid.*, pág. 1074. ²⁴ Véase William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich, *A Greek-English Lexicon of the New Testament* (Chicago, The University of Chicago Press, 1957), págs. 750-752. ²⁵ Anders Nygren, *Commentary on Romans* (Filadelfia, Fortress Press, 1977), págs. 314, 315. Véase también H. C. G. Moule, *The Epistle of Paul the Apostle to the Romans* (Cambridge, The University Press, 1899), págs. 138, 139. ²⁶ Barth, *op. cit.*, pág. 156. ²⁷ C. E. B. Cranfield, *The Epistle to the Romans*, t.

1, *The International Critical Commentary* (Edimburgo, T. & T. Clark, Ltd., 1980), pág. 379. ²⁸ *Ibid.*, págs. 379-383. ²⁹ *Ibid.* ³⁰ *Ibid.* ³¹ *Ibid.* ³² *Ibid.* ³³ *Ibid.* ³⁴ Barth, *op. cit.*, pág. 158. ³⁵ Robinson, *op. cit.*, pág. 78. ³⁶ Citado en Robinson, *op. cit.*, pág. 93. ³⁷ E. G. de White, *Meditaciones matinales* (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1953), pág. 333. ³⁸ E. G. de White, *El deseado de todas las gentes*, pág. 278, véase también *Testimonies* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1948), t. 6, pág. 147. ³⁹ Barth, *op. cit.*, págs. 151, 152. ⁴⁰ *Ibid.*, pág. 153. (*La cursiva es nuestra*.) ⁴¹ *Ibid.*, pág. 158. ⁴² John Thompson, *Christ in Perspective: Christological Perspectives in the Theology of Karl Barth* (Grand Rapids, William B. Eerdmans, Pub. Co 1978), pág. 149. ⁴³ Elena G. de White, por ejemplo, tuvo especial cuidado en no dar la más mínima impresión de que Jesús haya pecado ni en pensamiento ni en acción (*El Deseado de todas las gentes*, pág. 98). Se conservó sin mancha, a pesar de que fue tentado interna y externamente (*ibid.* pág. 296); *El ministerio de curación* (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana), pág. 47. *Mensajes selectos*, t. 1, pág. 111. Véase también *Testimonies*, t. 1, pág. 177; *En los lugares celestiales* (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana), pág. 147. *Signs of the Times*, 17 de octubre de 1900; *El Deseado de todas las gentes*, págs. 98). No venció el pecado porque era Dios o porque tenía una naturaleza humana especial; venció porque estuvo dispuesto a resistir, para lo cual dependió de la gracia capacitadora tal como puede hacerlo todo cristiano vencedor (*Selected Messages*, t. 3, págs. 127-142; véase también *El Deseado de todas las gentes*, págs. 53, 303, 330, 331)

Además, ella describe la naturaleza que Jesús tomó con frases tales como las siguientes: "La naturaleza caída del hombre" (*Early Writings*, Washington, D.C., Review and Herald Pub. Assn., 1945, págs. 150, 152; *El Deseado de todas las gentes*, pág. 87; *Selected Messages* t. 3, pág. 134 "la forma y la naturaleza del hombre caído" (*Review and Herald*, 31 de diciembre de 1872); "el lugar del caído Adán" (*ibid.*, 24 de febrero de 1874); "idéntica con la nuestra" (*Selected Messages*, t. 3, pág. 129); "llevó la humanidad que nosotros llevamos" (*The SDA Bible Commentary*, t. 7, pág. 925); "nuestra naturaleza pecaminosa" (*Review and Herald*, 15 de diciembre de 1896); "la naturaleza del hombre en su condición caída" (*The SDA Bible Commentary*, t. 5, pág. 1131); "la naturaleza humana caída y sufriendo, degradada y contaminada por el pecado" (*The Youth's Instructor*, 20 de diciembre de 1900); "la naturaleza de Adán, el transgresor" (*The SDA Bible Commentary*, t. 7, pág. 926); "el nivel de la humanidad caída" (*General Conference Bulletin*, 23 de abril de 1901); "la cabeza de la raza caída" (*Signs of the Times*, 26 de abril de 1905); y "la ofensiva naturaleza del hombre" (*Review and Herald*, 17 de julio de 1900).

Otros influyentes adventistas que han presentado el hecho de que Jesús asumió la naturaleza del hombre caído son: A. T. Jones, E. J. Waggoner, J. H. Durland, W. W. Prescott, S. N. Haskell, G. E. Fifeild, Uriah Smith, M. C. Wilcox, Joseph E. Steed, Allen Walker, H. M. Kelley, G. B. Start, Meade McGuire, R. S. Owen, W. Howard James, C. P. Bollman, T. M. French, A. G. Stewart, M. N. Campbell, H. L. Rudy, Dallas Youngs, A. E. Lickey, W. B. Ochs, Frederick Lee, Carlyle B. Haynes, W. H. Branson y M. L. Andreassen. Hasta su revisión en 1949, el libro *Estudios bíblicos para el hogar* enseñaba claramente esta posición. ⁴⁴ White, citado en *The SDA Bible Commentary*, t. 5, pág. 1128. ⁴⁵ *Ibid.*; véase también *Selected Messages*, t. 3, págs. 131, 132. ⁴⁶ *Selected Messages*, t. 3, págs. 131, 132; véase también *El Deseado de todas las gentes*, págs. 32, 33, 97, 98.